

LUIS TAMARGO

EN LA OTRA ORILLA

SANTANDER

2006

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, 2006.

Depósito legal: CN-104-04.

A mis amigos

Índice

Prólogo

I PARTE

ENTRE DIOSAS

Alas
Sin rastro
A primera vista
Mientras llovía
Espesura
Algo de diplomacia
Malentendido
Nadie sospecha
Diosas de Piedra
Una gran idea
Trueno de Agua
La visita
Contra el cielo
Mil metros libres

II PARTE

OTRAS ORILLAS

La caja de zapatos
Nueva jauría
Nada como la lluvia
Tres sentados
Capricho del destino
¿Dónde está el humo?
Otra vez
Llego tarde
Oro que reluce
Largo salto
Puñal sin nombre
Muchas vueltas
El Tío Aristo
Más que un juego
La otra orilla
El autor

PRÓLOGO

"Su libro llama la atención por su seriedad y su estilo depurado, y que está en general bien escrito y corregido. Denota también cierta madurez narrativa dentro de un género tan difícil como el del relato corto".

Eva Rivas.
(Edición Personal)
Abril 2002.

"Colección de narraciones breves que en las más de las ocasiones roza la prosa poética. En la mayoría de los textos, que se hilan sin solución de continuidad a pesar de la diferencia de contenidos y personajes, el lirismo va marcando el ritmo narrativo y se convierte en protagonista aparente del libro. Valoro muy positivamente el estilo narrativo que tiene el autor. Digo, y no lo hago gratuitamente, que la prosa está escrita con brillantez, huyendo de lugares comunes y de estereotipos. Arriesgando y consiguiendo unas formas propias y, en determinados casos, sorprendentes. Y en sorprender consiste buena parte de la esencia del arte.

Debe saber el autor que la comercialización, distribución y promoción de los libros de relatos, más de tono lírico, son complejas en estos comerciales tiempos que nos ha tocado capear.

Animo al autor a seguir trabajando nuevos estilos y descubrir su propio camino literario. Estos pasos que nos presenta son prometedores".

Silvia Pérez.
(Imagine Ediciones)
Diciembre 2002.

"Se trata de un grupo de relatos que rezuman muy buen gusto y que aparecen excelentemente narrados; estas pequeñas historias suponen, en muchas ocasiones, singulares retratos de personajes con alguna singularidad.

Pero al retrato de persona o personajes concretos, en estos relatos breves pero intensos hay también un constante –y puede decirse que hasta refrescante- protagonismo para la naturaleza en muchas ocasiones, impactantes o llamativos argumentos. Y en ellos pueden encontrarse los más variados registros: la dulzura, la dureza, el misterio o el enigma, o, entre otros, también la nostalgia. Registros variados para temas (y entornos y mensajes) también diversos y varios.

El autor se decanta –y con un acierto muy literario- por el lenguaje no sólo sencillo sino también con una cierta “economía” de información y de imágenes: y en ese esquema queda, sin embargo, espacio más que suficiente para la definición y la narración. Así, casi en contadas líneas consigue desplegar un mundo literario lleno de riqueza (e incluso de información), además de emociones o de retazos de la vida concreta de los distintos personajes (llamativos y enigmáticos a su manera, a veces). La voz del narrador parece mostrarse claramente neutral y hasta objetiva pero también profunda y dotada de una emoción que en ningún momento desborda ese determinado límite que, parece, desea ofrecer.

Está escrito con un uso exquisito del lenguaje, y en el que no hay lugar para la complicación o rebuscamiento de imágenes y hasta de expresiones en cada uno de los relatos cuya temática, por otro lado, ofrecen una visión mágica pero también cotidiana.

Es fácil que estas pequeñas historias atrapen la atención del lector desde un primer momento: los relatos, no sólo presentan una dimensión adecuada sino porque sus argumentos encierran, con mucha frecuencia, una intriga que resultará apetecible y estimulante para el lector".

Margarita Iglesias.
(Entrelíneas Editores)
Agosto 2003.

"Se trata de un conjunto de relatos breves donde convive el interior del hombre (su naturaleza, obsesiones, temores) con un mundo edificado sobre mentiras, envidias y desinterés por los semejantes.

El lenguaje utilizado es rico y lírico en ciertas ocasiones, intercambia lo coloquial con lo poético. Se utilizan normalmente sentencias potentes tanto en la introducción como en la conclusión de cada narración acompañado de cierta musicalidad narrativa innata y muy particular. A veces es detallista en las descripciones lo que aporta a los textos capacidad evocadora y un ritmo de fácil lectura".

J.D. Alvarez.
(Editorial Atlantis)
Noviembre 2005.

I PARTE

ENTRE DIOSAS

ALAS

*“Tiene gracia. No cuenten nunca nada a nadie.
En el momento en que uno cuenta cualquier cosa,
empieza a echar de menos a todo el mundo”.*

J. D. Salinger.

Hubo un tiempo en que la historia esperaba para escribirse al día siguiente. Por entonces, el mundo se bastaba a sí mismo, pero para el joven Kumbi nada resultaba extraño y sí nuevo todo lo que acontecía desde que el dios Chen'za se ocultaba hasta que volvía a renacer. Todo lo lejos que alcanzaba su memoria siempre había sido así, lo había escuchado en los consejos de la tribu de boca de los guerreros más aguerridos. Ahora era su turno. Desde el confín de los orígenes la selva había marcado la ley de sus antepasados. Para un indio tupúa esto significaba un paso adelante en el crecimiento como ser.

Kumbi abandonó el poblado, desnudo, mientras la tribu entera le daba la espalda. Formaba parte del rito. Atrás dejaba la infancia y, al regreso de su aventura, volvería con las alas del Cutzhul, pájaro de cresta azul, el trofeo que lo convertía en adulto y lo transportaba a su verdadero sitio en la tierra. Se internó allá donde se perdían las sendas, temeroso, pero con orgullo, ataviado tan solo con las pinturas de guerra que el anciano Schamá le trazó sobre el rostro como correspondía a un futuro jefe. Desde un principio advirtió el peligro, aquella espesa sensación a su alrededor. También lo aprendió en los consejos; el gran guerrero Endaole contó en una ocasión cómo hubo de transformarse en árbol para descubrir la faz de sus perseguidores. Por eso, Kumbi tomó raudo sus precauciones, dispuesto a superar las tres pruebas que lo devolverían victorioso a la aldea. La más compleja de ellas, para su sorpresa, fue la primera en realizar con éxito. Agradeció a los dioses la circunstancia de disponer el encuentro con aquel cadáver de caimán y lo tomó como un inmejorable presagio. Confeccionó con la piel del reptil un taparrabos para cubrirse y, avezado por el triunfo, se preparó para la prueba siguiente.

El ave de cresta azul habita las copas altas de los bálidos, que abundan en los lugares húmedos y pueblan las orillas de los ríos. Encaramado en lo alto, el joven guerrero acechaba el aleteo nervioso

de los pájaros sagrados; su tronco erguido y el entramado de sus ramas lo convertían en el observatorio ideal. Una noche en que la vieja hermana Toancal menguaba pudo vislumbrar desde su refugio el motivo de su escondido temor... La sombra del fiero Jagua rastreaba entre el follaje y el indio supo que no quedaba mucho tiempo, aunque tampoco durmió aquella noche.

Inició la vuelta al poblado con su tocado de plumas azules recién estrenado, ansioso por abrazar a la pequeña Laioa, su recompensa por cruzar el umbral de la adolescencia. En la última prueba, el Schamá, encarnación viva del dios supremo, concedía el don del guerrero a la vista de los méritos obtenidos y en presencia del resto de la tribu. Pero antes de que toda la comunidad celebrase la fiesta de su madurez el iniciado debía de esperar la llegada del alba nueva para su entrada triunfal en el poblado.

Coincidió por entonces que la ausencia de la hermana Toancal no iluminaba la noche y que el aliento del Jagua rondaba aún más cerca de sus pasos. Cuando el indio cruzó la oscuridad del poblado burlando el sueño de los centinelas su júbilo victorioso no le cabía dentro de sí. No le fue difícil encontrar la cabaña de la bella Laioa, tantas veces que soñó con su encuentro; se habían criado juntos y ahora, por fin, podrían formar pareja, pues tal sería el deseo que le concedería su nuevo rango a la mañana siguiente.

Ya despuntaban los primeros rayos del Gran Padre Chen'za cuando los guerreros tupúa empuñaron sus armas dispuestos para la caza. Fue entonces, en el lindero con la selva cuando hallaron los restos de sangre y plumas azules diseminados entre señales de lucha. No muy lejos, colgado de una rama rota, pendía el deshilachado taparrabos de piel. Y entonces, lo descubrieron... la silueta moteada del jaguar desapareció de un ágil salto entre la vegetación. Dicen que la ira del dios del Mundo fue tan inmensa que de una pisada borró la tribu tupúa de la faz de la selva...

-Créame, amigo, ahí abajo viven seres que cambian para seguir siendo. El verdor de ese universo frondoso tiene un precio...

El teniente había escuchado durante el trayecto la historia del viejo nativo, que gesticulaba con vehemencia al tiempo que pilotaba el aeroplano. Manejaba los mandos con la maestría de un veterano maquinista ferroviario. Sobrevolaban la isla cuando el teniente se inclinó hacia la ventanilla. En aquella zona, efectivamente, la costa semejaba la huella de un gigantesco pie... Por un momento quedó absorto en la idea de un dios enfadado por la ineptitud de sus fieles.

Desde la altura, el corazón verde de la selva brillaba como una joya sagrada.

El ala del aparato le sacó del estupor, al virar, y sonrió para sus adentros. La misión tocaba a su fin. Podría ahora felicitar a los muchachos.

SIN RASTRO

Hay que conocer el lugar para admirar, más que para comprender, los milagros de la naturaleza. En aquella zona geográfica la costa se hunde con una ligera pendiente en el mar. Aquí, las formaciones rocosas son una prolongación suave del desierto que las precede, dando lugar a cavidades y galerías que horadan el pasillo costero.

Nummek se había criado allí y sólo él conocía el túnel que se bifurcaba hasta la altura de dos hombres para desembocar en la pequeña playa protegida, invisible desde el exterior. Ahora, el viejo Nummek también sabía que dentro del castigo existía una bendición. Su única hija nació con un acusado retraso que afectó la postura de sus manos y un defectuoso movimiento al andar. Pero aunque tampoco pudiese oír ni hablar, la pequeña Maahira fue un regalo para Nummek. Desde niña la llevó a la recóndita gruta de la playa, allí gateó sobre la arena, allí dio sus primeros pasos hasta sostenerse en pie, apoyada en la enorme mole de granito que se sumergía en la orilla. De joven, cuando Nummek estuvo en la capital, ya había visto otras esfinges similares aunque sin la piedra de jade en su frente. Para ganarse la vida allí muchos se dedicaban a desenterrar las ruinas en busca de reliquias y objetos del pasado; sus antepasados lo hicieron antes con las pirámides.

La esfinge de su playa descansaba semihundida en la arena con su busto desnudo y los brazos cruzados sobre el vientre; la joya verde que adornaba su frente le otorgaba un rango sagrado. El agua bañaba los signos escritos en la columna, que se perdía en el fondo, dando la impresión de que verdaderamente la diosa emergía del mar. Cuando Maahira se abrazaba a la esfinge y acariciaba su rostro una bella sonrisa inundaba la faz de la muchacha y, también, del alma del viejo Nummek desaparecía toda sombra de penalidad. Ese era su tesoro.

Como todos los días, regresaban del paseo en la costa al hogar cuando, al llegar, se encontraron con los arqueólogos. Nummek les dejó entrar a su humilde morada y trató de responder con cortesía a sus preguntas. La expedición rastreaba el área tras la pista de algún vestigio arquitectónico oculto como se desprendía de la interpretación de los manuscritos hallados recientemente, pero el viejo Nummek respondía ignorándolo todo. Un grupo de ellos hablaba entre sí, en

idioma extranjero, luego el guía se dirigió a Nummek en tono conciliador... No, no se proyectaba carretera alguna ni ningún complejo hotelero, ahuyentando sus preocupaciones; tan solo formaban parte de una exploración programada para rescatar del olvido toda posible ruina de valor arqueológico notable.

Nummek sujetó con fuerza el brazo de su hija Maahira, que no cesaba de golpearse la frente, nerviosa. Y con un gesto de desolación explicó a los científicos que todo cuanto allí había lo tenían a la vista, desde el polvo árido de la tierra que pisaban hasta el océano inmenso que devoraba al mismo desierto. El cartógrafo trazó una línea roja sobre el mapa extendido en la mesa y, luego, el guía señaló con su dedo índice el itinerario nuevo a seguir en dirección este, una vez descartado aquel mísero territorio.

El viejo Nummek contempló a los expedicionarios alejarse por donde habían venido... Había aprendido a aguantarse las penas, a guardar secretos. Porque sabía que a toda maldición le acompaña un regalo de los dioses. Sólo eso le pedía a su diosa, se contentaba con aquella sonrisa... A cambio, él velaría su sueño sagrado.

A PRIMERA VISTA

Desde pequeña sobresalió por su carácter desobediente e indomable. Su padre lo achacaba a que nació cuando las mareas decrecían, pero sabía que la naturaleza de los seres está marcada por el entorno en que crecen y se desarrollan y, por ello, albergaba la esperanza de que algún día ella misma encontrase la medida justa. Sin embargo, lejos de agradar las expectativas de sus progenitores, la niña gustaba de arriesgarse siempre hacia límites más ignotos e inexplorados ya impulsada por sus irrefrenables ansias de conocer ya por poner así de manifiesto la rebeldía de su carácter.

A menudo recalaba en aquella zona apartada de la costa, al otro lado de la barra de arrecifes, una frontera que traspasaba con indiferente atrevimiento a pesar de las inútiles advertencias de sus amistades más preocupadas. En una ocasión, mientras se bañaba entre las rocas, se vió sorprendida al emerger de repente de una de sus zambullidas. A sus espaldas oyó el silbido melodioso y el chapoteo inconfundible de una embarcación. Cuando se volvió, el hombre silbó de nuevo al descubrir sus pechos desnudos y, desde cubierta, se echó a reír, abriendo mucho los ojos y saludando con la mano abierta mientras se alejaba.

A ella le gustó su porte distinguido desde el puente de mando, su aire resuelto y simpático, su esbelta figura recortada entre los azules de cielo y mar. Esa fue la primera vez que lo vio. Después, a lo largo de sus osadas correrías, se ocupó de averiguar dónde continuar observándole a escondidas, con curioso detenimiento. Así, desde la distancia, se fue fraguando un sentimiento de amor oculto que daba respuesta a sus inquietudes y, a la vez, colmaba todas sus ansias de exploración.

En otra ocasión, contempló desde la playa las luces que engalanaban la Gran Mansión y la fiesta que allí celebraba el Capitán, en honor de su tripulación, con motivo del Día del Mar. El lujo y la pomposidad se reflejaban en los uniformes solemnes y en los elegantes vestidos de las mujeres que bailaban en los espaciosos salones, bajo las enormes lámparas de lágrimas, al son de la música orquestada.

Desde la ventana, la muchacha observaba boquiabierta tal fastuosidad, al tiempo que buscaba con la vista la atractiva figura de su

amor de ensueño. Por fin, lo descubrió al fondo, brindando con su copa entre los comensales, casi al mismo tiempo que él se topó con sus ojos vidriosos tras el cristal. Con la copa en alto, el Capitán quedó inmóvil por un instante, para luego intentar abrirse paso entre la muchedumbre. El Capitán atravesó el jardín escrutando cada rincón hasta llegar al límite con la playa, desazonado, sin encontrarla.

La muchacha se había dado cuenta, sabía que no podía permanecer allí por más tiempo y huyó por la parte trasera hacia la playa, rápida, para sumergirse antes de que nadie pudiese descubrir su cola de pez... La sirena dejó tras de sí un rastro ondulado de reflejos de plata.

MIENTRAS LLOVÍA

Lo encontraron entre los escombros de la pared semiderruida. De allí se lo llevaron, lo sacaron por el jardín y la sirena de la ambulancia dejó asustada la calle con su estridente alarido, mientras llovía.

Su último recuerdo se remontaba al cuadro de la joven Sara, el regalo de su sobrina que no descubrió hasta pasados dos años del aniversario y que repentinamente cobró nuevo sentido para sus ojos.

...Un sendero ascendía entre el monte. A un lado, la cerca custodiaba los prados de un verde primavera; al otro, se perdía la huella en la sombra densa de un fornido roble de copa poblada. En lo alto, una hilera apretada de hayas apuntaba la avanzadilla de un bosque que se adivinaba inmenso en acusada pendiente hacia la otra ladera. Las nubes algodonosas resaltaban de entre el azul y un viento de tinte grisáceo deshilachaba sus finos hilillos al paso de dos golondrinas que, en acrobática pirueta, amenizaban el horizonte montañoso...

Permaneció dubitativo, absorto, durante unos interminables instantes, estudió el lienzo; le intrigaba la silueta confusa que dibujaban las ramas frondosas del roble con la vegetación que lo rodeaba. Tal vez una figura sentada de costado, tal vez agachada como si recogiera algo... No consiguió descifrar el enigma, pero lo resolvió optando por creer que la pintora, su sobrina artista, quiso abocetar sin éxito una gruesa piedra de superficie rugosa. Le cautivó el ambiente que respiraba la pintura, la luz fuerte del cielo y el contraste suave de grises que teñían de frescor la escena.

...Solo recordaba que se dispuso a colgarlo, decidido a concederle el honroso privilegio de adornar la sala y abandonar así el cautiverio del empolvado rincón. Fue a la cocina y cogió el martillo y un puñado de clavijas del cajón de las herramientas. Ya había elegido el sitio preciso de la pared donde descansaría el lienzo, pero le era imposible recordar más. Hasta ahí llegaban sus recuerdos y la niebla que se extendía desde el antes hasta el después era igual de espesa que la lluvia que caía delante de él y de los cristales de aquel mirador. En el hospital lo postraron con aire resignado frente al gran ventanal, casi convencidos de su inútil solución. Allí, en aquel pabellón ya habían alojado casos similares sin esperanza, abandonados al consuelo de una medicación o de un milagro. Los familiares sabían lo que aquello representaba, no

quedaba más que esperar a que el tiempo pasara igual de inadvertido que él hasta agotarse, hasta que toda huella de vida quedase borrada. Sin embargo, a él nada parecía importarle, no podía reconocer los rostros de sus familiares allegados ni siquiera prestaba atención a su presencia. Nada significaban los lamentos ni las preguntas ni aquella expresión horrorizada de su sobrina cuando le visitaba, tampoco podía escuchar sus palabras...

-El loco, el loco.... -musitaba sin creérselo aún la muchacha, mientras salía de la habitación mirándole de reojo a modo de despedida.

Sólo recordaba que empuñó la herramienta y, al descargar el primer golpe, se coló dentro del cuadro... Se encontraba tan a gusto allí mientras afuera llovía. El asiento de piedra no era tan duro como a simple vista le había parecido. Desde aquella tonta caída no era el mismo, era incapaz de recordar algo de lo sucedido en el pasado y lo más curioso era que tampoco le importaba. Sentado en la silla de ruedas frente a los cristales empañados, los familiares le observaban escudriñando un indicio de luz, mientras él permanecía ajeno a sus ademanes, ido, sin hacer nada para remediarlo. Él sabía que había cambiado desde que se cayó en el cuadro, algo debió de romperse para que se parase el mundo mientras que afuera llovía...

ESPESURA

Aún no había amanecido y era muy probable que aquella mañana gris nunca lo haría. El temporal golpeó con saña durante toda la noche anterior y, con el alba, llegó la esperada calma para las zarandeadas copas del bosque. En el semblante húmedo de cada árbol se reflejaba el triste presagio de lo que ya sabían no iba a ser un día fácil. Al Hermano Grueso lo había alcanzado un rayo en su parte media y la agonía se precipitaba ya hacia su desgarrador final. El bosque entero lamentaba su pérdida y, agolpado en torno suyo, arropaban su último aliento con un cántico de hojas.

El Hermano Grueso era un veterano, había sobrevivido a cientos de nevadas y de tormentas si cabe más peligrosas que aquella. Incluso, cada año, había vencido el cerco de los fuegos que diezmaban la población. En muchas ocasiones alentó con su canto a los otros árboles heridos o moribundos, como ahora lo hacían con él. En las hermosas noches de luna sus historias sirvieron de lección para los Tallos Tiernos; les contó del curioso ser que viene del exterior, sordo a sus súplicas, y que cercena los troncos de los hermanos más robustos. Esa extraña criatura era la misma que cada verano incineraba la paz y rompía la calma de su hogar. Todos reconocían su sabiduría y, apenados, le animaban para que aguantara mientras se iban despidiendo uno a uno.

El grueso árbol sabía que caería, inclinado ladera abajo, justamente cuando el dolor de su costado alcanzara el umbral insostenible... Y con un quejido ronco quebró el horizonte del bosque para caer de lleno, con estrepitoso acierto, sobre el vehículo que ascendía por la carretera arriba.

Los árboles contemplaron estremecidos el impacto. Luego, llegaron las otras máquinas y los gendarmes, que apartaron el grueso tronco. A los bomberos les costó trabajo sacar el cuerpo sin vida del conductor, así como rescatar sus pertenencias de entre aquel amasijo de chatarra. También encontraron las mechas, en gran cantidad, y el combustible preparado para impregnarlas... La noticia corrió rápidamente por la comarca, casualmente habían dado con el pirómano.

En la espesura del bosque flotaba el alivio de una canción, tal vez un susurro de hojas...

ALGO DE DIPLOMACIA

El percutor volvió a girar y un chasquido sordo le dijo que no era aquel su momento. El japonés cogió el arma y, después de hacerlo rodar, lo entregó a su oponente, un birmano que sudaba copiosamente. Sin embargo él estaba frío, no podía sudar. Se preguntaba por qué tardaban tanto... Creyó que con encontrar el lugar donde se practicaba aquel juego mortal su misión concluía por fin. Había estado durante largos meses intentando introducirse en aquel círculo inmundo de tráfico de personas y ahora se hallaba apostando su vida a la suerte de una bala caprichosa. El birmano pasó el brazo sobre la frente sin hallar alivio, minutos antes habían retirado el cadáver de un esbelto joven polaco a quien no acompañó la suerte en aquella fatal ruleta. Esta vez el árbitro japonés le tendió la pistola, era su turno. Alrededor, el reducido grupo de apostantes hacía circular los billetes en una grotesca jerga de gestos y un murmullo creciente se abrió paso entre las densas bocanadas de humo que asfixiaban el local. Sí, tardaban demasiado, no podían hacerle esto a él en su último día de trabajo; mañana era Navidad, comenzaban sus vacaciones. Posó el cañón sobre la sien y se perdió en el pensamiento de que algún error imprevisto había ocurrido cuando de repente el murmullo de los asistentes explotó en desorden y tumulto. Los policías irrumpieron en bloque voceando y con las armas en alto. Algunos intentaron huir, pero afuera los coches de los agentes aguardaban en una perfecta emboscada. Se dejó cachear, era lo establecido. Fue conducido con el resto de detenidos a las dependencias policiales y allí, en una sala aparte, esperó la llegada del Inspector Jefe...

-...Puede usted marcharse, agente. ¡ Felices vacaciones!

Llevaba dos años destinado en Europa central, desde que los vientos desfavorables comenzaron a soplar en Oriente Medio y su aspecto de diplomático europeo le delataba, imposible de disimular. Sonrió con ironía al recordar las palabras del comandante... Sí, un funcionario del gobierno, pero con la vida de cada día al borde del abismo. Echó un vistazo al reloj, no podía perder el tiempo si quería disfrutar de las vacaciones que tanto merecía, en casa le esperaban la pequeña Nadia y su esposa, ansiosas.

Cuando llegaba al motel distinguió un pequeño grupo jóvenes apostado frente a la entrada. Desistió de recoger equipaje alguno y se felicitó por la buena costumbre de dejar aparcado su vehículo a dos manzanas del lugar donde residía. Puso dirección a las afueras, hacia la playa. Luego, mezclado con la oscuridad de la noche, escaló el acantilado y rebasó la pendiente que ascendía hasta el monte. Arriba, pudo divisar las luces del aeropuerto y caminó entre sombras hasta llegar frente a la verja electrificada. Se tumbó, camuflado en el follaje del suelo, y ojeó de nuevo la hora... Sólo quedaba esperar. Según lo convenido, apareció al fin el vigilante con dos enormes perros atados, de ronda por el contorno de las instalaciones. Cuando estuvo a su altura el guardia miró el reloj, rebuscó entre el manajo de llaves colgado de la cintura y abrió la cerradura blindada, luego se alejó despacio sin soltar a los animales. Había llegado el momento, disponía apenas de minuto y medio para atravesar la pista y localizar el avión militar donde iniciar su viaje de vacaciones, de regreso a casa. Cruzó la verja y corrió hacia el lateral despejado donde ya rugían los motores del aparato. Subió la escalerilla como una exhalación, atronado por el ruido de las hélices. Ya dentro le recibió un oficial:

-Feliz Navidad, señor!

Se tendió entre los restos de mercancías de ayuda humanitaria en aquel avión sin asientos, dispuesto para afrontar un vuelo de casi dieciocho horas, algo menos si las turbulencias se lo permitían.

El chófer del Estado Mayor le llevó a casa, aseado y bien arreglado, con las medallas luciendo en el uniforme, a Nadia le encantaban. Se apeó dos manzanas antes y paseó hasta su calle, desde lejos divisó su hogar y, al acercarse, distinguió el árbol de Navidad brillante en el jardín y también dos rostros pegados al cristal, entre los monigotes de nieve. La puerta se abrió rápida, su mujer y la pequeña Nadia se abalanzaron sobre él con alegría...

-¡Papá, has venido, papá!

-Claro, Nadia, como siempre, hija!...

Mientras ambas le abrazaban sin cesar de reír y llorar, su esposa le besó al oído un susurro de anhelo contenido...

-Te queremos, Leo!

-...Yo también, cariño.

MALENTENDIDO

No era de extrañar que al doctor Edouard le resultase más atractivo el suave clima de la costa, sobre todo después de pasar el resto del año enclaustrado en el rutinario bullicio de la capital. El trayecto que separa ambos destinos es casi de cinco horas de viaje para aquel tren de alta velocidad de las que llevaba sentado ya más de la mitad, entregado a una callada concentración. Tan ensimismado andaba en sus hondas cavilaciones que aún seguía con la gabardina puesta, los últimos meses de trabajo habían requerido de especial dedicación y ahora se cobraban el exceso de la factura. Para un psiquiatra de prestigio, además, esto significaba poner en marcha los mecanismos de acción que cada día ensayaba con sus pacientes, aunque era el primero en reconocer lo dificultoso de predicar en el ejemplo.

Primero fue la señora Douglas, un caso típico de manía persecutoria, ya había resuelto antes situaciones si cabe más complejas, aunque no en una paciente tan adinerada. Luego llegó la viuda de Lenotre, dueña de una gran cadena de supermercados, pero condenada a una artritis feroz que le deformaba los huesos, una anciana prematura poseída por fantasmas del pasado, oscuras huellas de una juventud marcada por la miseria y la promiscuidad. En estos casos los tratamientos farmacológicos constituían el remedio idóneo. La enferma delegaba su voluntad en el medicamento, aliviada así de mayores responsabilidades. Pero el caso de Lisa Rivère, el último que le había ocupado, al mismo tiempo que le había entusiasmado como profesional le había sumido en una especie de controversia cruel consigo mismo. Le atrajo el desenfado de su juventud, su influenciabile capacidad de dejarse impresionar. Todos los desamores de Lisa se fundamentaban en el egocéntrico interés que motivó a sus pretendientes. Cuando se casó con el barón Bigongiari creyó que con el tiempo superaría cualquier diferencia derivada de edades tan distantes, pero hasta el viejo barón se permitió la licencia de marcharse con la primera que aceptó tontear a sus requerimientos. No existía fortuna en el mundo entero capaz de otorgar la dicha que la elegante señora Rivère ansiaba, a pesar de que sus cuentas bancarias precisamente gozaban de la mejor salud. No, sus penas no tenían precio, no se trataba de eso... El profesor Edouard la atendía con

pulcritud, sí, la escuchaba y, atento, inquiría sobre algún detalle para ella imperceptible, siempre con unos modales exquisitos. La señora Lisa necesitaba que alguien le prestara atención y si había de pagar para ello lo haría con uno de los mejores especialistas de la ciudad.

Al doctor Edouard no se le escapaba esta clara predisposición de su paciente, pero con la maestría propia de un malabarista circense sabía dónde encauzar sus temores, dónde ayudarle a descargar sus tensiones y dónde invertir las cuantiosas primas de sus consultas. Conocedor del terreno, jugaba con fuego, pero hábil en la suerte de inventarse salidas, conseguía imprimir confianza y ganarse la credibilidad del cliente.

Era mediodía y hacía calor. Se levantó del asiento para quitarse la gabardina y, doblándola sobre sus rodillas, volvió a sentarse. Sin embargo, con Lisa le ocurrió algo que nunca antes había sucedido en toda en su carrera. Tal vez fue por eso, porque también era joven y bella o tal vez porque desde que se divorció de su esposa no solo había sido incapaz de estar con otra mujer sino que incluso le había resultado imposible confiarse a alguna. Se refugió en el trabajo, desmedido, casi disfrazado tras una máscara de profesional riguroso, enmascaró sus necesidades, sus apetencias, hasta el más leve atisbo de afecto. Por eso la relación que surgió entre ambos le asustó tanto. Lisa se entregaba, impredecible e insegura, sostenida tan sólo por sus peroratas de estudiado efecto y eso a él le vaciaba, le provocaba un obsesivo acúmulo de sentimientos encontrados que, después de cada sesión, al finalizar cada relación, le recordaban con crudeza la fragilidad de su disfraz. Por ello se vio obligado a poner fin a la perjudicial tensión de aquella encrucijada.

Los viernes eran el único día de la semana que no había consulta de tarde, siempre tenía a mano la excusa de la ingente cantidad de informes que actualizar. Además, el fin de semana era suyo, viajaría al apartamento de la costa para renovar aires... A través de la puerta del compartimento divisó una pareja de policías y entonces cayó en la cuenta de que aún llevaba el abrecartas de metacrilato en el bolsillo de la gabardina. Se incorporó despacio y abandonó el vagón por la otra salida. Abrió con urgencia la ventanilla y tiró el puntiagudo abrecartas, la gabardina delataba manchas de sangre... Sintió tras de sí la puerta que se abría, los gendarmes llegaban y no podía articular palabra... Ya la habrían descubierto, acribillada, acuchillada en un charco de sangre en el pasillo de su casa, entre las ropas que esparció por el suelo en un intento de simular un atraco desesperado. Un nudo le aprisionaba la

garganta, sudaba, lo sentía, ahora iba a decir sólo que lo sentía. Por eso cuando oyó atrás la voz del policía...

-¿...Me permite, señor?

-Lo siento...

Se giró lento, impávido, dejando caer a sus pies la gabardina ensangrentada. El policía entró al servicio y el otro compañero le conminó en tono amble...

-Gracias, ¡tenga cuidado!...

El doctor Edouard se agachó a recoger la gabardina y, componiéndose el rostro, regresó a su asiento...

NADIE SOSPECHA

Corría el decimotercer año del recién estrenado milenio, aniversario de la gran deflagración. Blenda y Ruth ya habían dejado de ser las alocadas colegialas que traían en jaque los esforzados desvelos de sus padres, atentos en toda ocasión para que aquellas varitas tiernas crecieran sin torcerse. Al fin parecía que tanta preocupación había dado su fruto y ahora, convertidas en dos chicas responsables, se bastaban por sí mismas para ganarse el sustento con sus hábiles merecimientos. Ellas no lo conocieron, pero antes ya habían oído por boca de sus padres de los devastadores efectos de la gran crisis, aquellos duros tiempos que siguieron cuando el mundo entero se estremeció. Los sacrificios de sus padres sirvieron para que ellas recibieran una adecuada educación, libres y ajenas a lo que tomaban por horriblos recuerdos de una pasada prehistoria que nada tenía que ver con su tiempo actual.

Ahora disponían de su propio apartamento en la ciudad, a apenas una hora de tren de la casa paterna. Desde hacía un año cada una costeara el suyo, no se lo habían contado a sus padres para no preocuparles, sabían además que no lo aprobarían. Almorzaban siempre juntas y si, por motivos de trabajo no podían verse algún día, se llamaban por teléfono al final de la jornada para intercambiar impresiones. Ruth sabía por su hermana de los avances conseguidos desde que aceptó el reto y firmó contrato con la Central Química Nuclear, fue poco después cuando decidieron adquirir un apartamento para cada una, innegable señal de que iban por cauce seguro. Desde entonces, Ruth se quedó sola a cargo de la Asesoría, desbordada de tareas, pero señal también inequívoca de que la suerte les sonreía. Envidiaba la valentía de su hermana y el afortunado salto laboral que le permitía cada mes engrosar la cuantía de su nada despreciable nómina. Blenda se lo contaba, mencionaba la calidad de medios, posibilidades de ascenso, hablaba de cifras crecientes a las que ella nunca tendría opción ni aún dedicando horas extras. Eran mellizas y siempre habían compartido todo, pero Ruth la quería, era su hermana.

Blenda le había comentado sobre el nuevo Director General de la Compañía, el señor Martín era un hombre joven proveniente de la capital del estado y que se había incorporado al puesto hacía unos

meses. En su calidad de Ayudante Técnico eran frecuentes las reuniones de su departamento con la Dirección y, ahora, el nuevo Director General se había animado a cumplir lo pactado y la había invitado a cenar, fiel a la política de empatizar con los integrantes de la Compañía.

Blenda invitó también a su hermana, aprovechaba así para evitar quedarse a solas con el mandamás bajo el pretexto de que conociera de cerca su entorno familiar. Blenda era más fría para eso, si no le gustaba el muchacho sólo por dinero era capaz de aceptar un compromiso. A Ruth le sacaba de quicio aquella interesada capacidad que tan óptimos resultados le proporcionaba a su hermana. Habían pasado la tarde en el apartamento, concentradas en la cocina para preparar los spaguettis a la carbonara como sólo ellas sabían aderezar. Ruth se ocupó del postre. Los aperitivos y segundos platos los encargaron a un restaurante cercano.

Poco antes de las nueve de la noche sonó el timbre y las dos hermanas, elegantes para la ocasión, recibieron con sincronizada amabilidad al invitado. La velada transcurrió agradable, con estudiado desenfado la conversación tocó áreas variadas desde política e historia social a la música y artistas contemporáneos televisivos. Amparada en un segundo plano, Ruth analizaba los gestos del Jefe de su hermana. Parecía una persona seria, casi rígida de principios, pero fuerte y apuesto, de una belleza escultural en sus rasgos, de ademanes lentos, que lo convertían en atractivo aún cuando su atlética constitución permaneciera en reposo. Influida por el cava, Ruth se atrevió a bromear con algún chiste sobre homosexuales, pero enseguida recobró la compostura. Sobre todo cuando el señor Martín se interesó por su trabajo, con tantas preguntas por sus preferencias y su bienestar a Ruth se le agrandaron los ojos y las expectativas. Blenda le hizo un guiño mientras recogía las copas, sí, a Ruth también le pareció entrever posibilidades, incluso no descartaba seguir los pasos de su hermana, aunque en algo no era igual a ella... Pero lo cierto es que aquel hombre le gustaba, quién sabe!...

Cuando se despidieron, Blenda y Ruth se emplazaron al día siguiente para intercambiar sus confidencias, ahora estaban bastante cansadas, pero Blenda allanó el terreno...

-...Ya me he dado cuenta, Ruth. Por mí, todo tuyo! Nunca tendría nada con un Jefe, ¿estás loca?...

Ruth albergaba más y más esperanzas:

-Tienes que citarle para repetir, iremos al restaurante de la Plaza... Ya hablaremos. Hasta mañana, Blenda!

Esa noche el señor Martín llegó tarde a su casa, nadie le esperaba. Sin atisbo de cansancio comenzó a desvestirse. La cena con aquellas chicas lejos de aburrirle le había servido de prueba para controlar todos los pormenores de la situación. Formaba parte de su misión, había sido entrenado para soportar y escrutar los más insignificantes detalles de las relaciones humanas. Sin embargo el efecto de las especias le obligó a emitir un sonido gutural que no pudo refrenar. Se aflojó la corbata y cedió también la presión sobre el cuello. Tiró de las orejas hacia delante despojándose de la fina tira de piel que le cubría el rostro y que, con cuidado, posó sobre el líquido de la bandeja en el lavabo, pues debería servirle para el día siguiente. Quedaron al descubierto sus brillantes escamas verdes, iridiscentes, perfectas y ensambladas. La aleta dorsal de su espalda se liberó en una erizada cresta, al tiempo que sus ojos vidriosos, de amarillo oro, estrecharon la pupila. Los efluvios del aromatizado aliento le obligaron a chasquear su larga lengua bífida sin lograr evitar que otro ruido gutural se escapase...

DIOSAS DE PIEDRA

El macizo montañoso emergía su pared majestuosa de piedra y marcaba, imponente, el final de la carretera. En el valle eran frecuentes las excursiones para contemplar tan admirable paraje, cada fin de semana se transformaba en un animado festival de vehículos, turistas o cazadores. Marlon se caló el sombrero hasta las cejas y resopló, para él aquellas montañas eran las diosas del lugar, hacía muchos años que escogió vivir a su amparo, sumergido en la frondosa ladera de su falda rocosa. Sin embargo, en esta ocasión eran los automóviles de la policía y de los periodistas los que perturbaban el habitual sueño en las inmediaciones de su cabaña.

A Marlon le pareció un tanto insolente el tono con el que el comisario se refirió a la montaña cuando le preguntó acerca del antiguo sendero que se adentraba en el bosque. Toda aquella historia del atraco y del fugado con el rehén internados en la espesura le sabía truculenta. Llevaba toda una vida a lomos de aquella cordillera, pocos como él conocían cada rincón, cada recoveco de la comarca con tanto atino, pero perderse por primera vez en aquel laberinto de riscos y simas no dejaba de ser una fatal locura. El trampero echó atrás su sombrero y escrutó la densa capa de niebla que ya ocultaba la cumbre.

-Si es cierto que están ahí dentro será la montaña quien decida...

Al comisario no le quedó clara la enigmática respuesta del trampero. Aquel fornido cincuentón desafiaba toda lógica con su estrafalario modo de vida en su cabaña al pie de la montaña, sin luz ni gas, tan sólo leña para alimentar la chimenea y ahumar las pieles que colgaban alineadas en el porche. Había oído hablar de él, en una ocasión recuperó sin ayuda de nadie toda una yeguada extraviada que se había escapado monte adentro, desde entonces se granjeó el respeto de sus paisanos. Pero el comisario no encontró el compromiso que le habían asegurado los lugareños para resolver aquel caso que colocaba a la comarca en las principales páginas de todos los noticieros.

El perseguido andaba escondido en algún rincón de aquella montaña. Después de desvalijar la sucursal bancaria a punta de fusil había secuestrado a su hijastro de once años, antes hirió a la madre del muchacho. En su desesperada huída no encontraron mejor refugio que atravesar a pie aquella cordillera fantasmagórica. El raptor maldijo el

empeoramiento climático que se sumaba a aquella cadena de desgraciadas circunstancias. La niebla se deshilachaba entre los árboles e imposibilitaba adivinar el rumbo próximo de sus pasos, además el joven muchacho tiritaba de frío y entorpecía la marcha con sus sollozos cada vez que el padrastro le empujaba a trompicones o le profería insultos amenazantes mientras le encañonaba. Sobre sus cabezas, los rebecos saltaban con agilidad entre las peñas y el hombre escudriñaba a su alrededor, inquieto, pues había que guarecerse antes de que la noche cayera. El muchacho ahogaba en cada gemido el recuerdo de su madre apuñalada y malherida, no soportaba los ataques repentinos que cada vez con mayor frecuencia acosaban a su tío y lo transformaban en alguien temible, peligroso. Esta vez, sin embargo, el calibre de la fechoría había sobrepasado todos los límites de la agresividad calculada. El joven se quejó del antebrazo después de que el padrastro lo arrastró para que avanzara, sollozó de frío y miedo. Se agachó para anudarse los cordones del calzado, pero le resultaba difícil articular los dedos. La niebla le empañaba también los ojos, sólo al levantar la vista se apercibió del impacto de la enorme roca despeñada sobre su padrastro... Hombre y piedra se sumieron en sorda caída precipicio abajo.

No fue hasta la mañana siguiente que el muchacho hizo acto de aparición en el lindero del bosque. Otra vez la cabaña de Marlon era un hervidero de agentes, la prensa acordonada disparaba sus flases al paso del joven envuelto en mantas. El comisario celebró el rescate ante los micrófonos, luego se volvió hacia el trampero:

-...No puedo agradecerle precisamente su cooperación.

Marlon no se inmutó, sin dejar de atusarse la barba, señaló hacia la cima...

-Ya se lo advertí, es ella la que decide...

Ambos dirigieron su mirada hacia las cumbres, coronadas de un halo neblinoso presidían el techo del valle. Desde su cetro de roca custodiaban una ley antigua nunca revelada, sólo conocida por las diosas del lugar...

UNA GRAN IDEA

No era para menos. Observaban atónitos el escultural cuerpo de la muchacha, que tumbada en la orilla dormía plácida, ignorante del vivo asombro que había despertado su figura entre sus jóvenes corazones. No es que antes no hubieran tenido ocasión de contemplar una chica desnuda sino que nunca entró en sus esquemas tenerla tan cerca y al natural. Sus ojos siguieron ensimismados el contorno curvilíneo de sus formas, se pasearon por su cadera, desde los muslos tersos hasta posarse en los senos ondulados, tan suaves que parecían. Richard, el cabecilla, no cesaba de disparar su cámara fotográfica con desenfreno.

-¡Es increíble!

Entre ellos también se cruzaban miradas, más de incredulidad que cómplices, casi se retrotraían al preciso instante en que se les ocurrió la gran idea... Lo habían planeado la noche anterior en el campamento, no estaban dispuestos a que aquella excursión se la tragara el aburrimiento y, todo el grupo de acuerdo, convinieron en escapar a la jornada siguiente y realizar por su cuenta la aventura que tanto ansiaban, lejos de guías y profesores y del montón de memos de la clase que estaban hartos de soportar durante todo el año. Se habían propuesto que aquel curso de medio ambiente se convertiría en una escapada inolvidable.

Cuando acabó la charla sobre las distintas familias de setas y se reanudó la marcha a pie, ellos se desviaron en la entrada de aquella gruta a través de la que podía vislumbrarse el otro lado, al final. En un descuido, cruzaron el umbral corriendo, conteniendo el aliento hasta explotar en risas una vez lograron zafarse del resto. Por fin solos! Los cuatro amigos habían conseguido salirse con la suya y esta vez lograron convencer a tres de las chicas de la clase más afamadas por su formalidad. Sin duda, al final de la tarde recibirían todos ellos una buena reprimenda del coordinador, pero estaban dispuestos a llevar a cabo su propia diversión. Con dieciséis años y lejos de los padres suele presentarse la inmejorable oportunidad para realizar lo imposible, ya habían dado el primer paso y no albergaban ninguna intención de volverse atrás.

Habían caminado durante horas entre risas, canciones y alaridos por lo que semejava la ladera descendente de una loma baja, se

entretuvieron entre unos árboles gastando bromas y burlándose de los compañeros, imitaban sus gestos al descubrir la estratagema de su desaparición. Después de reponer fuerzas con los bocadillos cargaron de nuevo sus mochilas a hombros y vadearon entre las grandes piedras de la costa hasta la playa. Hasta allí habían llegado como exploradores noveles en su primera misión de reconocimiento y, si bien les compensaba el mero placer de sentirse libres, solo por eso la experiencia bien había merecido la pena.

Fue justo cuando Silvia comenzaba a quejarse del daño causado por una de sus botas que revisaron la opción de regresar al campamento, sí, no habían contado con el final de la aventura. Pero entonces la cara de estupor del travieso Dyc, al percatarse que no se trataba de ninguna otra broma, les obligó a mirar hacia donde estaba señalando con insistencia. Se aproximaron aún más para dar crédito a sus ojos y allí, frente a ella, tan dormida y sensual, los siete excursionistas se deleitaron con la escena sin perder detalle. Sus facciones eran dulces, hermosas y tan grandes... Tan grandes que cuando la chica parpadeó en un intento por abrir sus ojos el grupo de muchachos huyó despavorido hacia una alta duna cercana. Desde allí, escondidos, continuaron espiando cada uno de sus movimientos...

La chica se desperezó con un breve bostezo, estiró sus brazos con elegancia y se incorporó desplazando al moverse toneladas ingentes de arena que caían desde el cielo amenazando con sepultarles dentro de su escondrijo. Las gotas de agua a su vez formaban auténticas cascadas de caudaloso torrente que la enorme muchacha se sacudía mientras, con paso lento, se adentraba en el mar dispuesta a zambullirse en un baño reparador. Los chicos cruzaron miradas nerviosas entre sí y, temerosos, dirigían su preocupada inquietud hacia el cielo... Quién sabe lo que podría caerles desde allí arriba. Mientras, ellas se abrazaban en un desesperado intento por consolarse ante tal perplejidad sin conseguir del todo sobreponerse al espejismo del que habían sido principales testigos.

-No puede ser... -se atrevió a musitar Nelly.

-A lo mejor mide treinta metros! -gritó Frank.

-Sí, como la torre de Palm Ville... -aseguró Fred.

-Más todavía...

Estas últimas palabras las profirió Richard, el promotor de la genial idea. Sin embargo, no bien las hubo pronunciado se palpó con disgusto entre las ropas...

-...La cámara. He perdido la maldita cámara de fotos...

La muchacha gigante braceó aún unas yardas más, antes de alejarse caminando por la orilla a grandes zancadas con paso calmo, ajena a los diminutos vigilantes que, agazapados en una de sus huellas, no le quitaron la vista de encima hasta que su descomunal silueta terminó por difuminarse más allá del horizonte.

TRUENO DE AGUA

Mi nombre es Trueno de Agua, me llamaron así porque de joven una gran tormenta cambió el cauce del bosque y, debido al corrimiento de tierras que originó, mis raíces fueron a parar a lomos de una enorme roca sobre la pendiente que cae al río. Sin embargo, confinado en aquel risco, las ramificaciones más intrépidas de mis raíces hallaron el suficiente sustento para seguir creciendo y, aunque condenado en altura por el saliente de piedra que me obligó a crecer en sentido oblicuo, contemplo desde mi otero al resto de convecinos que habitan y gozan del borde florido del río. Ellos son hermosos, de tallo recto y liso, y sus hojas de un verde luminoso que se transparenta dorado cuando les baña la luz del sol. Desde lo alto los observo con resignado celo, nunca preguntaron, tal vez ni se apercibieron de lo que había a sus espaldas, pues tan entretenidos andaban en contemplar el reflejo de sus esbeltos cuerpos en el espejo del río. Su gesto indiferente aún les hacía parecer más elegantes y, a cual más engalanado, competían por destacar en arrogancia.

Los inviernos en la pared rocosa eran duros y fríos, y no dejaban de serlo durante el verano húmedo y sombrío, tan solo aliviados por el colorido exuberante de las ramas que poblaban aquella margen privilegiada del río. Incluso, los cazadores se apostaban entre sus gruesos troncos para lanzar sus despiadados disparos contra los grajos o cualquier otro ave que se refugiaba en el risco. La piel áspera y rugosa de mi tronco también guardaba cicatrices como recuerdo de algunos de ellos. Aprisionado entre las escarpadas rocas, mi aspecto tosco y retorcido no alegraba precisamente la vista, ni siquiera otro cataclismo natural podría poner fin a tal desconsuelo al que en ocasiones me sumía, acrecentado por la cercana presencia de árboles tan bellos. Condenado tan solo a eso, a refugio de alimañas o de algún que otro pájaro huidizo, deseé con fuerza que aquella maldita tormenta hubiera acabado bien del todo su trabajo... Pero fueron los cuervos. Ellos me sacaron del estado absorto en que me encontraba. Cuando los pájaros negros huyen es que algo extraordinario va a suceder. Y no se hizo esperar... Sonó como una cascada por encima de las copas de nuestras cabezas, el bosque entero alertó sus troncos, incluso hasta los más esbeltos de la orilla tensaron cada una de sus ramas para entender

el origen de aquel estruendo. Sí, aquel ruido semejaba a un trueno de agua que arrollara todo a su paso... Sonreí con ironía al descubrir la expresión, un trueno de agua... Pero duró poco la sonrisa, al igual que la belleza en el rostro de mis árboles hermanos que, con horror, observaron la ola de agua y lodo que se avecinaba contra ellos. Uno a uno, fueron doblándose y cayendo al lecho torrencial del río, ahora desbocado, que con furia se los tragaba, implacable. Se llevó la primera hilera que bordeaba lo que antes fue orilla, también se llevó la segunda y tercera fila de los árboles más altos y ensanchó su cauce fatal hasta una cuarta hilera, la más próxima al pétreo acantilado. Desde arriba contemplé la tragedia con estupor y una gran pena me hizo encoger aún más. Toda la humedad de la roca que me dio el sustento se transformó en lágrimas y lloré. Lloré por los que antes estaban, aunque nunca preguntaron, pero lloré por ellos. La riada se llevó sus cuerpos hermosos, el gesto brillante de sus hojas vivas, la elegancia de sus ramajes y la faz altiva que apenas unos instantes les adornaba. Desaparecieron de súbito corriente abajo, entremezclados y rotos, sucios de lodo hasta las hojas. El lecho del río extendió sus dominios hasta donde antes ellos habitaron y ese recuerdo se convirtió en otra cicatriz más que añadir a mi maltrecho pesar. Es inevitable recordar cuando pendiente abajo escucho las aguas del río chocar contra las rocas de la pared donde sobrevivo.

Más arriba sé que el bosque continúa, me lo contó un búho. En una noche de luna me habló de las altas copas que pueblan la meseta y de la leyenda que entre ellos circula, dicen que entre la montaña y el río un trueno de agua intercede por ellos, velando por su permanencia. Aquí, en este lugar tan solitario, no hay otro consuelo que la visita del grajo o los milanos, a salvo por fin de los cazadores. La temporada pasada anidó una pareja de águilas, la misma que ahora regresa a hacerme compañía. Eso es lo que significa Trueno de Agua, todo lo que sucede tiene una razón de vida.

LA VISITA

Debería haberlo adivinado a juzgar por el inicio de la jornada. Cuando el vehículo de adelante se detiene en las curvas, cuando el que habría de ceder el paso juega a limar veinte centímetros en veinte centésimas de segundo o cuando se cruza esa señora que tiene el paso cebra a menos de dos zancadas, sin duda se trata de uno de esos días tontos. Mis conocimientos automovilísticos no van más allá de una práctica prudente más pendiente de ayudar a flexibilizar el tráfico que de provocar alardes arriesgados, una buena conducción lo es si no entorpece, axioma extensible a otros órdenes de la vida, no crees problemas y no los tendrás, e incluso también aplicable al trabajo: no lograré todos los objetivos hoy, pero habré allanado el terreno para unos pocos de mañana... Sin embargo, estaba visto que aquel día comenzó atravesado desde el improvisado viaje, pero ineludible, que surgió la tarde anterior a raíz de una gestión colgada desde meses atrás y que, ante la inminencia de una reunión general de ciclo, era necesario actualizar. La visita a aquel cliente era decisoria para que los pequeños logros del mes salieran adelante con éxito y, sin más dilaciones, puse dirección a aquella ciudad que distaba más de doscientos kilómetros de mi lugar de residencia. Aunque tenía por costumbre desplazarme hasta allí siguiendo la ruta más llana, esta vez decidí sobre la marcha tomar rumbo por el puerto de montaña, que acortaba la distancia. Los temporales del mes pasado habían cesado y agradecería concluir cuanto antes esta gestión para regresar a casa.

Atravesaba el páramo cuando la tarde se echaba encima, en otra hora ya no habría luz del día por lo que aceleré aprovechando la circunstancia favorable de la ausencia de otros vehículos durante el trayecto. Resultaba dificultoso distinguir los letreros de la carretera y me encontraba dubitativo desde el cruce que, algunos kilómetros atrás, marcaba una dirección confusa. Luego, para colmo, el coche empezó a echar humo y me detuve. Todas mis horas al volante quedaron impotentes ante la nueva situación planteada, pues desconocía las básicas nociones de mecánica que me permitieran continuar mi camino. No, no era un buen día, la batería del teléfono móvil no tenía cobertura en aquellas latitudes, además no sabía a quién llamar, no quería preocupar a nadie en casa, pero tampoco podía pasarme allí el

resto de las horas. La noche ya cernía sus oscuros nubarrones y un viento gélido barría la cuneta, desnuda de árboles donde guarecerse, así que entré al coche, al cobijo del escaso calor restante. Andaba ensimismado rebuscando entre los papeles de la agenda un número de teléfono que apareciera fortuito en mi ayuda cuando me pareció escuchar el sonido de los campanos, sí, cada vez iba creciendo y haciéndose más nítido hasta que al poco pude vislumbrar la silueta clara de las ovejas que atravesaban la calzada... Me apeé con cierta premura y sin dificultad descubrí la figura del pastor entre ellas.

-¡Oiga, amigo!... ¿Puede ayudarme?

El pastor me observó desde el fondo oscuro de sus ojos. Era un hombre joven a pesar del tosco aspecto desaliñado que presentaba. Sin detenerse, dejó escapar unas palabras secas...

-Sígame. Si se queda ahí morirá congelado.

Por un momento me aterró la idea de seguir campo a través a un desconocido, pero había algo en su desinterés que me concienciaba del riesgo sobre el que me advertía. Cogí de la guantera la documentación del coche y la carpeta con papeles de trabajo y lo seguí, tropecé varias veces con los mojones del terreno hasta conseguir ponerme a su lado y no paré de hablar, de intentar explicarme...

-...Mire, oiga, necesito llegar al pueblo esta noche porque mañana...

El murmullo del rebaño ahogaba el sentido de mis palabras e incluso me pareció hermoso aquel susurrar de los animales en la oscuridad, había algo de familiar en él, el soniquete armonioso de los campanos al unísono de los pasos, hombres y bestias hermanados bajo una noche estrellada. Andamos sin noción de tiempo ni distancia, confiado sin remedio a la directriz de aquel guía ocasional, preferí pensar que siempre sería mejor solución que esperar a solas un milagro. Por fin distinguí lo que eran unas ruinas de una antigua edificación, tal vez un vivienda en otro tiempo, ahora un refugio para pernoctar.

-Hemos llegado.

El pastor acondicionó el lugar con rápidos movimientos, sin duda había estado antes ahí, sabía dónde colocar y dónde encontrar cada utensilio. El perrillo pastor de raza indescifrable zarandeaba la cola a mis pies.

-...Es un rufián. Póngase cómodo, tenga...- el pastor tendió una esterilla sobre la que me acosté, dentro de la cabaña, de espaldas al muro de adobe. La techumbre dejaba el cielo al descubierto, pero al menos no llovía, suspiré resignado para mis adentros. Observé los

movimientos ágiles, lentos y estudiados de aquel hombre sin más hogar que la tierra del páramo para quien las prisas o los horarios carecían de fundamento. En un santiamén brillaba un fuego acogedor que repartía sombras entre las paredes abandonadas de lo que iba a ser mi inesperada noche al aire libre. Me envolvieron sentimientos de cuando muchacho, de algunas excursiones montaraces a pie de hoguera entre canciones, risas y alcohol. Cuando el pastor me ofreció la torta recién sacada del horno me pareció que nunca antes había probado manjar comparable. Luego, en una cazuela de barro untamos pan duro y me chupé los dedos, pringados de migas en aquella salsa sobre la que no me atreví a preguntar. Un calor cosquilleante acarició los estómagos y, apoyado en el muro, desistí satisfecho de hacer entender lo importante de mi labor en la mañana siguiente... El perrillo relamió el fondo de las cazuelas de barro mientras nos dedicaba rápidas ojeadas a la espera de alguna señal intencionada. Ahora más sosegado me decidí a encaminar el rumbo de la conversación por otro derroteros, más amable, pregunté:

-¿Cómo se llama?

-Rufián.

No había mucho más que pedir ni tampoco que esperar, allí teníamos de todo para combatir el frío, el hambre y la soledad. Un amplio silencio hablaba por nosotros sin necesidad de obligarnos a cumplir. A la luz de la mañana siguiente procuraría el modo de alcanzar algún lugar desde el que alguien me trasladase a la ciudad, volvería después a por el vehículo, quizás este imprevisto retrasase algo más de lo proyectado mi tarea, pero dadas las circunstancias no había otro modo de arreglar la situación sino paso a paso y a su debido tiempo. Quizás fue el vino, pero comencé a hablarle a aquel pastor como si le conociera desde mi tierna infancia, como cómplices muchachos de barrio, antes de la universidad y después, cuando buscar trabajo era otro trabajo en sí mismo y cuando acabé mi relación con Yoli a causa del traslado. Podría hoy contar con mi propia familia, un hogar, quién sabe, niños incluso, no me desagradaban, pero ella había dejado de ser ya el horizonte de mis proyectos a causa de mi desmedido afán por liberarme de cualquier tipo de ataduras... Noté que estaba poniéndome triste y de reojo observé el gesto imperturbable del pastor que, apoyado en una viga, escudriñaba el cielo...

-...Mire, esa es nueva... -el pastor señalaba con su dedo índice la estrella que lucía con fuerza entre las demás. Pensé que para alguien acostumbrado a distinguir y conocer cada una de sus ovejas hasta por

su nombre tampoco habría de resultar complicado aclararse entre aquel rebaño de estrellas que jalonaban el firmamento nocturno. El cielo estaba claro, diáfano, de inusitada transparencia como pocas veces había reparado antes en ello... La voz del pastor sonó suave, acoplada al murmullo del campo, sin estridencias:

-Póngale un nombre...

Lo miré extrañado, pero me divirtió el juego y me sumí en hondas divagaciones hasta creer haber hallado el más apropiado. Sin embargo con un gesto brusco me tapó la boca...

-No, no lo diga. Es suyo.

Atribuí al vino los efectos de aquella graciosa situación y con ánimo de limar asperezas dejé que el sueño me invadiera por completo, necesitado ya de ponerle descanso a una jornada tan ajetreada.

Mi despertar sin embargo también dejó de ser algo previsible. Cuando me incorporé el amigo pastor ya había movido los hilos para desenmarañar el enredo donde quedé atrapado. Me presentó al lugareño que con su camión se había acercado a recogerme para llevarme al pueblo y de allí al servicio técnico que reparó el vehículo en aquella tarde. Pude visitar a mi cliente mientras lo arreglaban en el taller y esa misma tarde estaba de regreso a casa.

Este fin de semana cogí la prensa como de costumbre y me detuve en la última página ante un diminuto artículo que informaba del hallazgo de una nueva estrella. Curioso, ojeé el suplemento que ampliaba en extenso la noticia. Habían descubierto una estrella, la llamaban supernova, con un nombre de esos raros compuestos por siglas y números que tanto atraen a los científicos. Afirmaban que su paso por la órbita terrestre se sucedía cada cientocincuenta años y que sólo con teleobjetivos de alto diseño tecnológico podía ser observada. Por un breve instante, fugaz, me vino a la mente la figura del pastor, su estela brillante y, en silencio, repetí aquel nombre callado que sólo era mío, mío... Busqué en el bolsillo del abrigo el teléfono que sonaba intermitente y contesté:

-¿Sí, quién es?...Yoli! ...Sí, Yoli, ven. Te espero, te quiero! ¡Yoli, te quiero!

CONTRA EL CIELO

A Marcela la traicionaron los nervios. De tanto revolver con la cucharilla temblorosa terminó por derramar la taza de café. La camarera se aprestó rápida a limpiar la mesa.

-¿Le traigo otro, señora?

Pero Marcela optó esta vez por una infusión de poleo.

Había estado observando a la chica que se apoyaba en el mostrador. A esa hora de la noche el mesón cobraba ambiente de fin de semana y, aunque era un bar de carretera, los jóvenes hacían escala de camino a la zona caliente de la ciudad cercana. Incluso si uno cruzaba a pie la gasolinera podía encontrar a un paso los enormes jardines que precedían el centro urbano. Marcela solía parar en aquel local desde no hacía mucho, solo a tomar algo con el pretexto de estar rodeada de gente y no condenarse a quedar encerrada en su casa también los sábados por la noche. Durante los últimos meses había sido tal el caudal de conflictos a los que tuvo que enfrentarse que aquella escapada solitaria servía para refrescar el recuerdo de cuando con menos años salía a divertirse con sus amigas. Ahora, sin embargo, se encontraba sola, a decir verdad lo estaba desde hacía bastante tiempo. Desde que comenzó con los trámites de separación su vida había dado un giro, aquello ni le divertía ni siquiera le ayudaba a distraerse, pero al menos se obligaba a no aislarse, consciente de agotar cualquier vía posible de arreglo. Siempre fue muy consciente de sus límites, incluso con su marido, antes de conocer a Dave y después, cuando acabó por desvelarse en toda su mediocre malicia. Su fortaleza de carácter, sobre todo su amor, sí, esa fue la causa, pero al menos así ella lo entendía, un amor se entrega fiel, desinteresado, sólo que le falló con Dave; si se propuso hacerle cambiar consiguió tan solo descubrir el lado más turbio de la persona por la que había apostado. Ahora estaba pagando las consecuencias, en breve su relación quedaría anulada por la ley y ella estrenaba ya los primeros pasos para rehacer lo que era su propio proyecto.

Le atrajo el exotismo de aquella muchacha que, rígida frente al mostrador, le daba la espalda. El corte de pelo era el que ella siempre había soñado, pero nunca le sentó bien cuando lo intentó años atrás, antes aún de casarse con Dave. Entonces se entusiasmaba con esas

pequeñeces, con el estilo de los peinados y el modo mejor de sacar partido a sus encantos. Luego, al contrario, el amor, sí, eso fue, hizo pasar a segundo plano esas chiquillerías, para centrarse en su relación de pareja. Ahora daría cualquier cosa por disfrutar de una cabellera tan bellamente moldeada, ella lo tenía de color más castaño que la muchacha del mostrador, de negrura brillante, pero le resultaba envidiable. Entonces la muchacha se giró en dirección a la puerta de salida, se apoyó en un largo bastón blanco y tentó el suelo con varios toques repetitivos antes de salir del bar, afuera esperaba sentado un gran perro parduzco al que la muchacha se asió para atravesar la carretera en compañía... Tal vez debido al impacto de tal hallazgo o tal vez debido al aroma que desprendía la infusión de menta recién servida, Marcela se incorporó para salir tras los pasos de la chica invidente... La distinguió cruzando la distancia entre la gasolinera y el bosque, lenta, pero siempre erguida. El animal, bien adiestrado, descansó en dos ocasiones para esquivar los vehículos. También ella se adentró en los jardines, guardando una prudencial distancia hasta que la frondosidad de los árboles hizo que les perdiera la pista.

No sabía qué le impulsó a ello, quizás fue algo más que curiosidad. Tan solo podía escuchar dentro de sí las palabras de su hermana, la única allegada que le quedaba aunque ahora vivían fuera. Justo entonces empezaban los problemas con Dave, el menor de tres hermanos y quien cuidó de sus padres hasta el final, no por amor, no, logró con ello sacar la mayor parte de la herencia a su favor, restando las partes de sus hermanos, quienes exigían para sí la igualdad que en vida tanto habían predicado sus suegros, demasiado viejos ya para otra batalla. Aquello supuso la ruptura con la familia, ella luchó por hacerle ver a su marido las implicaciones de su error, pero sucumbió, no había sido capaz de entender que los sentimientos no se compran. También sucumbió cuando su hermana le pidió la ayuda de las influencias de Dave para colocar en el trabajo a su sobrina, ella mintió, sí, por amor, porque quería al hombre con quien se había casado y su hermana querida, su única familia, pretendía un imposible...

-No se puede contra el cielo... -exclamó su hermana resignada. Fue poco antes de que marcharan al interior, a muchos kilómetros de donde ellas se criaron.

Ahora estaba sola en un oscuro bosque jugando a perseguir fantasmas... Le pareció oír un crujido y se parapetó tras un grueso tronco para observar. Sí, allí estaba la muchacha, se había despojado de la gabardina y lucía un llamativo traje de cuero, muy ceñido y

escotado; arrodillada, acariciaba el cuello de un hermoso lobo negro con cada brazo. Marcela se ocultó asustada, sin dejar de contemplar la escena... Pero la habían visto, la muchacha la estaba mirando fijamente y ella rezó, sí, dios sabe bien que rezó para que la chica no soltase a aquellos animales. Sus ojos eran impresionantes y también los de las bestias, entre ellos se intercambiaban fulgurantes brillos y hablaban, sí, también los lobos, aunque Marcela era incapaz de comprender nada de aquella endemoniada jerga. Por fin la muchacha pareció susurrarles algo al oído y, sin dejar de mirarla, lanzó a los lobos contra ella...

Marcela no había podido gritar aunque lo intentó, sólo un golpe frío le sacudió el rostro. Luego comenzó a distinguir las figuras, agachados junto a ella, la camarera y un señor la preguntaban al tiempo que aconsejaban a la muchedumbre agolpada que dejaran espacio para respirar. El local estaba de par en par, fue una casualidad que hubiera en ese momento allí un médico. Ella descansaba su cabeza en el suelo sobre uno de los cojines de los asientos, le habían destapado la blusa hasta la cintura, pero el sujetador ocultaba aún sus intimidades. A los pies otro cojín doblado se los mantenía en alto. La camarera trajo otra compresa húmeda que el médico aplicó en el rostro...

-Por favor, no se amontonen alrededor! Y abran las puertas...

-Estaba rara, tiró el café primero y luego se desmayó... -explicaba la camarera, nerviosa, al señor que la atendía.

-Señora, ¿puede oírme? ¿se encuentra bien?... Ya, ya reacciona...

A Marcela la traicionaron los años, se había hecho mayor, estaba sola, no hay dinero capaz de comprar los sentimientos, nada se puede contra el cielo...

-...Sí, sí, pero déjenme un poco más... -acertó a musitar.

MIL METROS LIBRES

Cuando sonó el teléfono acababa de acicalarse el bigote que le había acompañado en sus últimos veinte años de abogacía. Sin soltar las tijeras atendió la llamada con la otra mano...

-Entendido, acudiré de inmediato.

La prisión de alta seguridad de Sacramento queda a apenas diez minutos de autovía desde el núcleo urbano, elevada sobre un minúsculo promontorio goza de uno de los enclaves geográficos más idílicos y seguros que puede desearse para este tipo de construcciones. A la orilla del mar, del que le separa tan sólo una banda ancha de arena, la prisión se erige en obstáculo insalvable frente al paisaje.

Rodolfo Mantini era uno de estos cientodoce privilegiados. Desde el ventanal superior de su celda podía disfrutar del inmenso horizonte marino e, incluso, llegaba a atisbar parte de la playa que desembocaba en la franja costera. De las conversaciones con otros reclusos sacó la conclusión de que, paralela a ella, transcurría el ramal de una autovía cercana, pero que si uno atravesaba la playa en todo su largo, con sólo cruzar la carretera podía adentrarse ya en la población y, una vez allí, acceder a un vehículo o a la estación de trenes resultaría aún mucho más fácil. Claro que estas últimas cavilaciones ya formaban parte de su cosecha propia pues con nadie compartió la urdimbre de su plan. El mes anterior su compañero de celda contigua, un ex director bancario, apareció con un nudo de sábanas atado al cuello y, si algo tenía claro, era que no estaba dispuesto a sucumbir a aquel lento martirio sin ofrecer resistencia. Le ayudaba aquel océano vecino, el rumor de olas que cada noche mecía en calma las inquietudes que durante la jornada desgastaba en tramar una vía de escape.

Se había estado preparando durante años, alguno menos de los que llevaba encerrado, pero más de los que pensaba permanecer allí, pues su condena nunca le permitiría salir. A sus cuarenta y cuatro años la forma física era un objetivo que recuperar, aunque sin demasiado sacrificio pues, si bien en los últimos años de la universidad las tareas del profesorado le mantuvieron en exceso ocupado, tampoco le impidieron dedicar tiempo al equipo de baloncesto del que era tutor. Así que, con unos estiramientos y una serie de ejercicios practicados

con regularidad terminó de ponerse a punto, consciente de que una playa de apenas un kilómetro lo separaba de la libertad.

Le preocupaba más escoger el momento apropiado y, sobre todo, aguantar y esperarse al día señalado; debía ser noche cerrada y las últimas mareas vivas de Septiembre tenían como culpable a una luna esplendorosa y radiante... Por eso, cuando se vió al otro lado del muro sabía que no tenía tiempo que perder. Tampoco podría correr paralelo a la orilla pues las olas delatarían su figura, así que emprendió la carrera por en medio de la playa, a través de aquella pista de arena de mil metros, distancia suficiente para dosificar y aumentar gradualmente el esfuerzo y la velocidad. En los cien primeros metros cogió tono, luego acrecentó la intensidad, era cuando había que entregarlo todo. La velocidad se nutre de su propia inercia acumulativa y, a su vez, la energía desarrollada se multiplica en progresión geométrica hasta alcanzar un clímax crítico, trepidante, capaz de mantenerse otros centenares de metros y que suele coincidir con el instante previo a la entrada a la meta. Dentro de aquella oscuridad, sin embargo, el suceder ininterrumpido de rápidas zancadas estalló de improviso en el punto más álgido de la trayectoria...

Cuando el abogado llegó a la prisión aparcó al borde de la playa. Durante el trayecto vino repasando en su mente los recuerdos de aquel caso del catedrático de Historia y Arqueología que le tocó resolver en su día. Solamente testificó a su favor la casera, aquella señora relató el alma caritativa de su cliente cuando recogió un perro atropellado y lo llevó a una clínica veterinaria para que fuera atendido. Sin embargo, al Jurado le impresionó más el hallazgo de la familia del catedrático, asfixiada en el interior de su coche por los gases de una segadora. Rodolfo Mantini nunca se autoinculpó, tan sólo se limitó a callar. Nunca más habló.

El abogado se acercó al grupo de policías de la Unidad Central Operativa que examinaba los restos en mitad de la playa. Junto al cadáver del fugado un peñasco de arista rugosa emergía de la arena, desafiante. El cuerpo mortalmente herido de Rodolfo Mantini estaba marcado por el corte fatal del encuentro con aquella roca. El abogado identificó afirmativamente el cadáver de su antiguo cliente, luego un capitán le explicó las circunstancias del brusco choque en la oscuridad más completa y, señalando a la policía científica, dejó entrever que la historia no acababa ahí.

Fue en los meses sucesivos y a través de la prensa que el abogado se enteró de los nuevos avances. Antes, fue preciso recabar los

correspondientes permisos, pues aquella enorme roca sembrada en medio de la playa formaba parte de la sempiterna geografía de Sacramento. Cuando las excavadoras removieron el lugar fueron apareciendo los otros restos que ocultaba aquella punta de iceberg, correspondían a las segundas ruinas mayas -que se conozcan-construídas en la orilla costera. El abogado pensó que Sacramento ya había empezado a cambiar, quizás dejaría de ser el sitio tranquilo que antes fue. Dobló el periódico, mientras sonreía inexpresivo por su reflexión...

-...Al final todos consiguen su sueño!

II PARTE

OTRAS ORILLAS

LA CAJA DE ZAPATOS

Eran por fin una familia. Cuando el pequeño Jeremías subió a bordo del gran trasatlántico comenzó la historia de una recuperación largo tiempo esperada por sus tíos, ahora transformados en máximos responsables de su cuidado. Lorna y Mateo se habían ocupado del muchacho desde que perdió a sus padres en aquel desgraciado accidente de avión, cuando apenas aún tenía la edad para empezar a hablar y, por más que lo hubieron intentado, aquella malformación en el lenguaje persistía hasta el punto de que el niño era incapaz de articular palabra a sus seis años. Sin embargo los especialistas habían coincidido en valorar favorablemente la idea de que un viaje siempre podría actuar como resorte capaz de estimular al muchacho e inducirle a manejar esquemas nuevos en su educación, en un intento más por crearle la obligación de hablar. El proyecto fue cobrando forma lenta y gradualmente en el ánimo de sus tíos, quienes venían necesitando en los últimos años de unas vacaciones largas y algo diferentes, hasta que por fin pudo llevarse a efecto tal y como siempre habían deseado, junto al hijo que la vida les había negado. Lorna estaba ilusionada desde mucho antes del día del embarque, casi se había acostumbrado a los juegos silenciosos del muchacho en el hogar, su sola presencia le bastaba para acariciar la felicidad de compartirlo con el amor de Mateo.

La ruta que une Blins con el continente reunía todos los atractivos necesarios para enriquecer cualquier ansia de cultura, diversión o entretenimiento posibles. Las escalas estaban programadas para sucederse paulatinamente, sin prisas, con recaladas en puertos de algunas de las islas que permitían así la opción de ocio en tierra sin por ello dejar de disfrutar del mero placer de navegar. Para Mateo aquel niño era una bendición inesperada que el cielo le regaló y como un verdadero padre adolecía de todos los defectos que un primerizo puede llegar a cometer. Por eso defendió al muchacho cuando Lorna le increpó...

-Déjale, vino con esa caja desde que salimos de casa. No sé de dónde demonios la habrá sacado, del cumpleaños o tal vez de las navidades pasadas, pero al menos juega con ella... Déjale que juegue, ya se le pasará...

A Lorna parecía ofenderle que jugase tan fervientemente con una simple caja de zapatos en vez de hacerlo con los innumerables juguetes que con tanto cariño le regalaban. Pero a Mateo no le faltaba razón, el muchacho pasaba horas enteras con aquella caja e iba con ella debajo del brazo a todas partes, si tan importante era para él habría que respetarlo, a esas edades los niños suelen dar cambios abismales de un día a otro. Nadie había podido inmiscuirse en lo que pasaba por la cabeza del muchacho, sin duda debían quedar huellas ocultas tras la experiencia vivida, pero ante su muda respuesta se enfrentaban a la imposibilidad de conocer su alcance.

Los cuatro primeros días de viaje transcurrieron a bordo del buque, dedicados al disfrute de las novedades que ofrecían en cubierta y acompañados de un sol espléndido. La tarde anterior recalaron en el viejo puerto de Athluan, pudieron estirar las piernas, recorrer tiendas en busca de recuerdos y degustar una cena regional en las típicas tabernas marineras. Sin duda Jeremías se lo estaba pasando en grande, aunque ninguna expresión salía de sus labios no cesaba de curiosear a su alrededor. Al siguiente día enfilaban ya el estrecho de Utik, obligado paso hacia el sur del gran océano, dejando a un lado el grupo de islotes diseminados al que se habían propuesto bordear. Algunas nubes deshilachadas mancharon el horizonte, pero se agradeció la leve brisa que mecía las gorras y la mayor parte de la tripulación se tendió en las tumbonas de cubierta a merced del aire fresco. También Lorna, Mateo y Jeremías, los tres juntos, se dispusieron a obsequiarse con las ventajas de un merecido reposo. El muchacho, en medio de ambos, no soltó la caja de entre las manos ni cuando ella lo tapó con la manta.

Jeremías se había fijado boquiabierto en los islotes de pendientes acantilados y plagados de grutas, le pareció milagroso que aquellas enormes piedras flotasen entre el oleaje. El único milagro que él había conocido lo llevaba siempre consigo y, ahora que todos dormían, pensó que era el momento idóneo para dedicarle un breve vistazo y hacerlo también partícipe de todo aquel prodigio. Así que abrió la caja de zapatos y escuchó, dejó que el sonido creciera hasta que aquella música comenzó a extenderse en derredor, conquistando con su soniquete incesante cada rincón del aire...

El islote levantó un párpado, luego otro y, tras un amplio bostezo, anunció su brusca aparición desde el fondo marino. El tono áspero de su rocosa voz no dejaba lugar a dudas, estaba enfadado...

-¡Quién demonios osa despertarme! ¡Apaga esa condenada música, muchacho! ¿Acaso quieres volverme más loco aún?...

Las duras palabras de la gran piedra tronaban, amenazadoras, conseguirían despertar a sus tíos y, en su preocupación, Jeremías gritó mientras agitaba los brazos asustado... Lorna y Mateo se abalanzaron sobre él, incapaces de aplacar los movimientos salvajes con que se debatía...

-Ha sido una pesadilla! -le decía ella a Mateo, quien sujetaba al muchacho en un intento por calmarle.

-¡Tranquilo, ya pasó! ¡Era un mal sueño, Jeremías!

El muchacho estaba despierto, se había puesto en pie y, asomado a la barandilla de cubierta, miraba las olas abajo... La caja de zapatos flotaba semihundida entre ellas, a sus tíos les dio tiempo a verla sumergirse.

-No te preocupes solo era una caja! -Lorna por fin agradeció desembarazarse de aquel estorbo.

-Tranquilo, hijo, ya encontraremos otra! -le apaciguaba Mateo.

-No, otra igual que esa no...

Las primeras palabras del niño sonaron a música sobrenatural, aunque siempre las habían escuchado.

NUEVA JAURÍA

Casi al mismo tiempo que se elevaba sobre la loma un destello de plata brilló en los ojos del animal. La luna se hinchó como un globo iluminando cada resquicio dormido del bosque y el lobo se detuvo, deslumbrado por su belleza, dispuesto a ofrendar el ritual de su reconocimiento con un aullido largo y sentido. El enorme disco de luz se agrandó en el cielo inaugurando el reino nuevo para los habitantes del bosque, comenzaba un tiempo al que despertar, que no podían desperdiciar si querían sobrevivir a su regreso. Los más avezados ya se habían ocultado en los refugios preparados de antemano, la ley del bosque imponía así sus implacables reglas, les iba la vida en ello. A su aullido le siguió otro y otro, distintos, surgieron de la espesura, de sus sombras ahuyentadas, ávidos por descubrir el mundo oculto que la noche nunca les mostraba. Curiosos, recelosos, pues ni siquiera los más temerarios dormirían en ese breve espacio crucial. Los más veteranos sabían -sus cicatrices así se lo habían demostrado- que el desafío consistía ahora en vencer al descanso, por eso se cuidaban mucho de mantener su prestigio dentro del grupo, reunían a la manada en torno a las hembras, sólo ellas eran capaces de apaciguar las tentativas agresivas de los jóvenes. Se iniciaba el tiempo de la caza sin tregua, todo lo que conquistasen ahora serviría para ganar la batalla al invierno, no podían dejar escapar ninguna oportunidad, así que organizados en reducidos grupos se alternaban en dar batidas regulares por la zona. Toda pieza cobrada era recibida en la guarida como un premio que ensalzaba al cazador con honores de padre y jefe.

Sin embargo él era un macho solitario, erraba por el monte en busca de una familia que no acababa de encontrar, rastreaba cada palmo de hojarasca con el mismo ansia que luego, ante el fracaso, se tornaba en desconsuelo. Además, debía andar alerta para no toparse con aquellas batidas de congéneres que no escatimarían en destrozarle sólo por adornarse de gloria. En alguna ocasión, sobre todo cuando la nieve les robaba el cálido cobijo de la tierra, había descendido al valle, a la aventura de aquellos otros seres a los que todos temían... Desde luego que se trataba siempre de una medida de urgencia, el último recurso antes que sucumbir al terror del hambre. Había contemplado a sus hermanos morir entre horribles estertores por haberse apoderado de lo

que semejaban para ellos unas suculentas presas, atrapados también en garras de fiero metal de las que resultaba imposible zafarse. Se había ido quedando solo así, pero había aprendido a observar la muerte, la de su manada y la que le aguardaba si daba un paso en falso.

En las noches sucesivas el imperio de la luna fue declinando su fulgor mientras aumentaba con creces la necesidad de llevarse algo a la boca. Se preocupó en esquivar la ruta de los otros depredadores, con las fuerzas mermadas tampoco podía arriesgarse en enfrentar a sus competidores, se conformaba con subsistir al menos hasta que la gran diosa blanca cesara de iluminar la noche, entonces le sería más fácil procurarse alimento aunque fuera en pequeñas cantidades. Descendía del risco cuando se asomó al claro del bosque, al otro lado halló el motivo que atrajo su curiosidad... Una joven loba amamantaba a tres de sus cachorros. Era consciente del peligro que aquella situación implicaba, pero la hembra permanecía indiferente, tumbada, dedicada por entera a los lobeznos. Tal vez lo adivinó, pero en cuanto la loba giró la cabeza de reojo hacia él supo que se había metido en serios problemas... El duro pelaje azabache se erizó en su lomo arqueado. Enseguida distinguió los ojos fieros escondidos en la maleza, en cada hueco de entre los árboles, que espiaban acechantes. De un brusco giro sobre sus cuartos traseros emprendió veloz carrera por donde había venido, no había tiempo que perder. Podía sentir el aliento amenazante de las fauces de sus perseguidores. La huida se prolongó en exceso, sobre todo porque no pudo disminuir el ritmo ni cuando ya dejó de escuchar la jauría tras de sí. Casi agradeció que la diosa blanca hubiese quedado reducida a un fino hilo de luz, estaba exhausto y se había alejado demasiado.

Abajo, distinguió algunas de las humaredas que ascendían al cielo y las luces tintineantes de la población, casi podía percibir el calor... Se adentró en las calles con cautela, al amparo de las sombras olfateó puertas y rincones hasta encontrar el establo entreabierto. Con sigilo subió los peldaños que llevaban a la estancia vacía. Allí, olisqueó entre las cazuelas y enseres e, inquieto, se tendió en el suelo, a lo largo, junto al lecho... Los primeros temblores sacudieron todo su cuerpo, intermitentes al principio, luego espasmódicos y continuados, de una brutalidad desgarradora. Sabía que llegaba el momento, que había que pasar por aquello, era inevitable atravesar el trance doloroso... Al crujir de las articulaciones se dilataron los músculos, deformándose, transgrediendo la naturaleza para adaptar su molde caprichoso a un insospechado destino. Todo el cuerpo se contorsionó, la columna se

vertebraba y el cráneo ensanchó su capacidad para encajar la mandíbula en su espacio anterior. Luego, el áspero pelaje oscuro se absorbió en cada poro. Era inútil rugir o gritar, imposible articular palabra... La consciencia perdida, por fin emergió de su letargo ancestral y con el alba, poco a poco, despertaba a la forma humana.

Los primeros sonidos que oyó fueron las voces de los hombres, procedían de la calle... Afuera había un gran tumulto, alguien había visto la figura de un enorme lobo pulular por el poblado. Uno de los granjeros anunció la desaparición de dos de sus corderos, habían atacado su corral y arengaba al resto para acabar con la bestia. Asomado a la ventana, todavía semiaturdido, contemplaba el ajetreo de la multitud mientras se organizaban en grupos para batir el monte. Uno de los aldeanos miró arriba, parecía reconocerle:

-¿Vas a quedarte ahí...?

-...Déjale, es un raro! -murmuró otro haciéndole desistir mientras ambos se unían a la batida.

Desde dentro de la habitación, ahora en silencio, observó partir al grupo de cazadores en dirección al bosque mientras enarbolaban las armas y vociferaban... No, no le gustaría estar en el pellejo de ese animal, pensó.

NADA COMO LA LLUVIA

Desalojaban el edificio cuando sonó otra erupción con estruendo. Llevaban varios meses con la amenaza del airado volcán, pero el viejo Kracontoa se había animado a despertar precisamente en el mejor momento para sus intereses. El lo sabía bien que era nativo de allí y qué tanto trabajo de años le había costado regresar a su tierra con proyectos nuevos y con nivel de vida nuevo, algo en extremo difícil para los muchachos de la isla. Los años en el extranjero le valieron para consolidar su carrera universitaria y por fin encontrar un puesto de prestigio en que poner su esfuerzo al servicio de los habitantes del archipiélago, algo que soñó desde niño, una oportunidad para los chicos como él, para la que se había preparado y que no quería desperdiciar.

Como ingeniero medioambiental le cabía la responsabilidad de proporcionar a la isla del progreso necesario para que la riqueza aflorase a sus vidas, lo había visto fuera de allí y antes, cuando los turistas llegaban a su isla haciendo gala de sus adelantos. Siempre sintió curiosidad por ese mundo que les visitaba y ahora era el momento de beneficiarse de ello. Las tareas de prospección iban a comenzar la semana siguiente, tan sólo pendientes de la aprobación de su informe técnico. El objetivo consistía en crear una red organizada de plataformas petrolíferas que permitirían dotar a la isla de una infraestructura avanzada, calles asfaltadas, mejores viviendas, más amplias, como las que conoció en el continente, autopistas, metro y un sinnúmero de servicios que dejarían atrás el modo de vivir a la antigua usanza. Se trataba de un pequeño sacrificio para mejorar, a cambio era necesario taladrar la matriz de la barrera coralina, destruir parte de la riqueza natural que hasta ahora atraía a ellos la riqueza para instalar allí la fuente misma de dicho bienestar. Daban por seguro que se les echarían encima las asociaciones ecológicas internacionales, pero todo estaba analizado al detalle. La cara oculta de la política obra así, si uno se arma de poderosos padrinos puede solapar obstáculos incómodos y la Compañía que le contrató había dispuesto cada pieza del engranaje para que nada se escapase a tal misión. Desde luego que influyó que él fuera originario del lugar, se había formado a su imagen y, también en semejanza, su ambición prevaleció sobre los antiguos modos de vida

de la isla, era el momento de saltar hacia adelante sin miedo ni escrúpulos por ridículas nimiedades. La multinacional había delegado en él su confianza y además había dispuesto sus medios, sus convincentes recursos, así que se lo había tomado como algo personal, era su deber y se sentía el elegido para convertir aquel proyecto en un privilegio. Estaba a un paso de alcanzar este fin cuando las veladas amenazas del mítico volcán pasaron al primer lugar para erigirse en el protagonista prioritario...

En las escaleras la gente se agolpaba ante la inutilidad de los ascensores, el vocerío y la preocupación acompañaba los rostros, interrogantes hacia la situación de la realidad exterior. Codo a codo con el director general alcanzaron el pasillo del vestíbulo principal, a duras penas conseguían avanzar. El director se dirigió a él en voz alta y le tendió las carpetas por encima de las cabezas del resto de personas...

-...Tenga, ahí van los pasajes! Continuaremos la reunión en la Central, la próxima semana en el continente !

Se separaron al salir a la calle, transformada en un absoluto caos por el hervidero continuo de gentes y vehículos, mientras las erupciones se sucedían. Un intenso olor a azufre y una nube asfixiante de cenizas lo inundaban todo. Ahora parecía que iba en serio, tras años de callada actividad, el volcán ponía en jaque a la población y por fin las autoridades se veían obligadas a tomar medidas inmediatas. A pesar de los avisos y ensayos previstos para estos casos, al llegar la ocasión es inevitable que el desconcierto y el desorden se apoderen de los isleños. Tomó la transversal que llevaba a los garajes y, por un momento, pareció escuchar la voz de su padre contándole las historias de la isla... Se le vino a la mente la leyenda de la creación del mundo que le narraron de niño, pero la desechó con un repetido gesto de burla, había estudiado la importancia de la existencia del átomo, el nacimiento de las galaxias y el origen interestelar. Le costó un triunfo salir del atolladero del centro urbano, los coches bloqueados provocaban una trampa a la salida de la ciudad, pero conocía los entresijos de aquella isla como la palma de su mano. Condujo por la pista antigua de tierra hasta llegar a la carretera de la costa y, desde allí, hasta la playa donde era ya imposible hacer avanzar al vehículo... Lo abandonó en la cuneta, los papeles volaron de las carpetas y también los pasajes. Sin intención alguna por recuperarlos, se dirigió andando hacia la orilla a pesar de la intensidad del temporal. Enfrente suyo contempló la gran barra de arrecifes que se iba a convertir en víctima de su futuro

proyecto, las olas chocaban contra ella y se rompían en pedazos de espuma empujadas por el viento... Escuchó la voz del abuelo y la canción del clan de los Nmuri al que pertenecía. Sin dejar de caminar por la arena se arrancó la corbata y, desabrochada la camisa de seda, las tiró al mar. Hizo lo mismo con el pantalón y la chaqueta de renombrada marca europea, pero ininteligible para las gentes de la isla, más preocupadas por el sustento y la sonrisa de la familia. Eran las voces de sus ancestros las que salían al encuentro, incapaz de desoir las, corría ahora sobre la arena mojada hacia el palmeral. Entró en la cabaña que tantas veces apartó en sueños desde el continente, donde se crió y creció y escuchó historias. Sabía dónde se encontraba el cinto de los Nmuri y el collar de plumas, luego se sujetó en la frente la cinta anudada de flores, símbolo de la madre isla y recitó los cantos de la abuela luna cuando salían a pescar...

El ruido de los truenos sustituyó al volcán. Se acercó a la orilla y dejó que la lluvia le azotase el rostro, sabía que no había nada como la lluvia. Sabía que los dioses estaban enfadados, que el volcán les había castigado... Que no existían otras tierras ni continentes ni tampoco la riqueza negra...

TRES SENTADOS

Era ya la tercera vez que pasaba por aquel condenado cruce sin lograr dar con la dirección exacta que venía indicada en el mapa. Ya en la segunda vuelta observó antes de entrar a la rotonda un pequeño montículo verde donde la hierba abundaba a la sombra de un árbol sin hojas, allí, sobre un banco bajo de piedra estaban tres hombres sentados. Era la primera vez que viajaba tan al sur y desconocía la comarca, aunque su estancia tan sólo sería temporal una vez finalizados los trabajos de topografía que la empresa le había encargado. Optó por detenerse y salir del vehículo, preguntaría a aquellos señores...

-¡Buenas!... Por favor, ¿podrían decirme por dónde puedo ir a Mizcoapán?

Se trataba de tres hombres adultos, mayores, aunque de edad indefinida, sentados uno junto a otro en aquel banco que parecía hecho a la medida. Sus rasgos indígenas revelaban una pausada serenidad, sin duda granjeros de esas tierras que hoy no tenían más tarea que descansar a juzgar por sus gastadas ropas y por el gesto cetrino con que sostenían una larga vara de madera a modo de bastón. Ninguno de ellos movió siquiera los labios, además los de los laterales parecían dormir con la mirada hundida en el pecho. El que estaba sentado en medio enarcó las cejas, miró al cielo como quien otea un horizonte neblinoso y, con las dos manos sobre el bastón golpeó, seco, el suelo...

-...Es la tercera vez que rodea el cruce, amigo...

El compañero que dormitaba a su izquierda pareció resucitar de improviso y, con una celeridad inapropiada para su aparente edad, rompió su silencio:

-Sí, lo tiene delante de sus narices y como si nada!

-Además, ha cogido la misma desviación equivocada dos veces seguidas... Y no escarmienta! -espetó el otro sentado a la derecha, que salió de su sueño impulsado por un resorte oculto, rápido y preciso.

El tono de la conversación adquirió un giro insospechado, casi grosero sino fuera porque el más erguido, que estaba sentado en el centro, medió la situación con una sonora carcajada y, al poco, los tres hombres se enzarzaron en una suerte de lucha dialéctica sobre la necesidad natural o no de tener que conocer aquella enrevesada

bifurcación para alguien que no era de allí. El conductor enseguida se percató de que no podía haberles hecho un mejor favor, enfrascados en el fragor de la enconada discusión les acababa de proporcionar tema de conversación para largo rato, quién sabe si para el resto de años que les quedaba por delante... Iba a disponerse a marchar ante la imposibilidad de arreglar aquella diatriba cuando el cetrino anciano, como si lo adivinara, se dirigió a él con el tono sosegado del principio:

-...A veces lo tenemos delante y no lo vemos. La segunda de la izquierda no es la última, tome esa vereda estrecha, es la que no tiene letrero, amigo...

Sus colegas se habían callado como si alguien hubiese apretado un misterioso botón y, de nuevo, parecían dormitar como si hubieran estado en esa misma posición durante siglos.

-...Muy amable, ha sido usted, ...ustedes, muy amables. Gracias - balbuceó al despedirse.

Esta vez encontró la entrada a la primera, pero durante todo el trayecto ya no le abandonó la imagen de los tres ancianos discutiendo sin parar y, sobremanera, la cálida voz y el fraterno interés del más veterano.

No fue hasta muchos años después que regresó a Mizcoapán. Fue por pura casualidad, ya no trabajaba, pero su mujer había ganado un premio en un concurso televisivo, algo habitual en ella siempre amiga de entrometerse en todo tipo de aventuras aún a riesgo de no saber después salir de ellas. Sin embargo no les venía nada mal para su quehacer desocupado realizar aquel viaje por el continente y dejarse envolver por algo de cultura de otros ambientes. Antes de entrar en Mizcoapán el autobús pasó frente a la rotonda que tanta confusión le trajo en su día, allí, sobre el montículo podía distinguirse el árbol, ahora florido, y la silueta de tres hombres sentados sobre un banco, ataviados curiosamente con un traje festivo local...

-...Mira, mira allí! -dijo a su mujer, señalando hacia el cruce que dejaban a un lado- ¿Has visto, los viste?

-...No, ¿el qué era?... ¿Un árbol? Sí,... ¿y qué? No había nada ahí!

El autobús continuó por la autovía, abierta hacía algún tiempo, ya no era necesario atravesar aquel cruce, pero para él no resultó difícil visualizar cada guijarro y curva de la carretera como si circulara por ella en ese momento. Una vez en Mizcoapán, cogió del brazo a su mujer y se alejaron del grupo de turistas, de algo tenía que servirle lo ya conocido y se adentraron entre las calles del pueblo en dirección al mercado nativo que se celebraba en una gran plaza empedrada. El

bullicio allí era animado, pero en orden, le gustaba perderse entre la gente y fisgonear los puestos de hierbas medicinales, las frutas, las cerámicas y demás enseres artesanos. Sin embargo a ella le aburría, prefería la fiesta pomposa, separarse del grupo con el que venían era lo que más la incomodaba a pesar de sus promesas en pro de la cultura auténtica. Cuando quiso darse cuenta entre el tumulto de gentes, ella le hacía señas desde el centro de la plaza, junto a un grupo de personas vestidas con el traje de fiesta zapoteca. Estaba empeñada en hacerse fotos con aquellos campesinos y sus ropas de llamativos colores. Cuando se acercó su asombro le dejó estupefacto, aquellos hombres vestidos de zapoteca eran los tres que conoció sentados en el banco del cruce hace años, en su primera visita...

-...¡Señores! ¿Se acuerdan, no me conocen?

Ellos se miraron entre sí, cruzaron unas breves palabras en nathual, ininteligibles, y se dispusieron a posar para la foto y para que, de una vez por todas, les dejaran en paz.

-...Pero, oigan, ¿es posible, no se acuerdan?

-Ya déjalo, cariño, mira que eres pesado!... Anda, la última foto...

Ella le alejó del grupo de nativos, tratando de apaciguar su aparente obstinación en conversar con ellos, a todas luces estaba claro que aquella gente no le conocía, además a ella misma le resultaba complicado distinguir entre unos y otros...

-...¿Pero no ves que casi todos se parecen? Vamos, volvamos con la excursión!

Por más vueltas que le dió a aquel encuentro no hallaba respuesta alguna, aún después del viaje e, incluso hoy en día, sueña con ese cruce y los tres personajes. No se trata de una pesadilla ni tampoco se ha convertido en obsesión, casi diría que le alivia pensar en ello porque le devuelve una sensación de sentimiento limpio, puro, muy agradable. Ahora, a sus años, retirado de toda obligación, que bien podría dedicarse a descansar, no hace sino buscar, idear, proyectar un nuevo viaje que le devuelva al cruce aquel donde en una ocasión le ayudaron a resolver...

CAPRICHO DEL DESTINO

Desde cubierta la costa descubría la belleza de su misterio oculto y, en la orilla, se arremolinaban gentes en inquieto ajeteo, asustados ante la visión de tan magnífico navío, nada igual para ellos contemplado antes. Unos recogían las sencillas canoas con avidez, tal vez temerosos de perderlas, otros corrían a esconderse tras la vegetación frondosa, hombres y mujeres ataviados de colores chillones, empujaban a los niños hacia la espesura, mientras algunos señalaban con gestos de asombro el paso de la nave, impávidos, sin ocultar sus cuerpos desnudos.

En la popa, un grupo de escoceses comenzó a hacer gestos obscenos mientras vociferaban, entre carcajadas. Los españoles contemplaban el espectáculo que se abría ante sus ojos, les habían prometido riquezas y toda suerte de bienaventuranzas en un nuevo mundo que nada tenía que ver con el paraíso, según iban descubriendo cada día a fuerza de dura lucha. Llevaban varios meses desde que embarcaron en que habían conocido en propia carne el hambre y la enfermedad, la furia de los elementos y la crueldad de los indígenas en claro intento de defenderse de los que consideraban sus invasores. Así y todo, la esperanza de realizar su sueño en una tierra sin explotar donde podrían erigirse en propietarios y construir su proyecto de vida era acicate suficiente para seguir adelante, a pesar de las contrariedades que se iban encontrando. No todo era como se lo habían prometido, costaba avanzar camino cada jornada, pero esa fe les mantenía, además, ya no había vuelta atrás. Aquellos momentos en que podían permitirse divagar con los pormenores de su sueño constituían un remanso y el único consuelo con que afrontar la incierta misión del día siguiente.

-Dicen que vive con ellos en su tribu, dentro de la selva... -dijo el joven soldado sin quitar la vista de las mujeres que en la playa dudaban entre ocultarse o permanecer.

-Yo también lo oí en Cuba. Por lo visto se ha convertido en su jefe, va vestido como ellos y habla su idioma -le contestó su compañero, un corpulento extremeño de mandíbula cuadrada-. Creo, además, que tiene un harén entero de nativas vírgenes a su disposición, para elegir a placer...!

Ese tipo de leyendas era precisamente lo que se extendía rápido y calaba hondo en sus mentes castigadas. No hacía demasiado tiempo sabían del regalo que recibió Cortés de los indígenas, aquellas veinte jóvenes indias que, en un detalle de auténtico estratega militar, cedió a sus principales lugartenientes. Resultaba imposible no desear algo así, aunque si algún día conseguían tener su propia hacienda una de aquellas indias podría ser una buena madre, eran fogosas y trabajadoras.

Un soldado francés gritó algo ininteligible y todos rieron con estrépito. Eran demasiados días de navegación y los hombres no podían remediar tanta carencia, así que aquel paseo costero era un pequeño desahogo con el que se contentaban antes de entrar de lleno en el fragor de la batalla.

Lejos de allí, hacia el interior de la selva, los poblados seguían intentando armonizar sus hábitos cotidianos con los rumores del empuje colonizador que, además de inquietarles, alteraba al mismo tiempo las guerras con los otros poblados vecinos. En una de las incursiones que hicieron contra los demonios extranjeros consiguieron hacerse con algunos prisioneros, eran unos expertos en esa estratagema, después los sacrificaban fieles a su costumbre... Aquel castellano contempló entre vómitos de repugnancia cómo uno a uno sus compañeros fueron torturados sin escrúpulos y sus entrañas ofrecidas al viento. Aún hoy no sabía qué es lo que le mantenía vivo entre aquellos salvajes, tal vez fue Dios que así lo quiso o tal vez el capricho de aquella hija del sumo sacerdote que volcaba en él todas sus apetencias sexuales, o quizás se lo debía a su cabello rubio. Lo cierto es que se lo pedía a Dios, rezaba hasta en náthual y, gracias a su facilidad para los idiomas, algo debió de decir que sentenció al menos temporalmente su final inmediato. Habían pasado ya dos años desde que fue capturado, lo anotaba en la corteza de los árboles que circundaban la tribu, cada siete días ponía una cruz, era demasiado tiempo sin porvenir. Pero no lo había desaprovechado, aprendió la lengua que hablaban y se hacía entender, no con todos pues no era bien aceptado por la mayoría, pero las influencias de la joven nativa se hacían notar. Su instinto le obligó a integrarse y, mientras se lo permitieran, adoptó también sus diminutas ropas, mientras entonaba sus cánticos rituales. Adornaba su frente con sus pinturas, que ella, enamorada, se deleitaba en trazar al tiempo que repetía su nombre:

-Aloonso, Alonso...

Aquella tarde, sin embargo, un taimado guerrero entró a la cabaña y lo sacó en volandas, aprovechando la ausencia de su amada india. Un grupo de secuaces le acompañaba en jalearle, deseosos de acabar con aquella anómala situación. Casi le tenían tendido sobre la piedra del altar en lo alto de la gran pirámide cuando la hija del sumo sacerdote se abalanzó sobre él, cubriendo su cuerpo para protegerle. El murmullo de las gentes que observaban se apagó cuando el sacerdote les dio la espalda, frente al Chac del Este y se alejó en silencio.

Esa noche en la cabaña, DosPlumasDeJaguar le amó como tesoro de niña, con pasión de mujer y celo de madre, y se dejó amar... No era la primera vez que ocurría, había sido salvado de aquella muerte atroz que se llevó a sus colegas en varias ocasiones, demasiadas para llamar a aquello vida. Aquella tortura de no saber si otro día llegaría, sin saber cuánto más podría sobrevivir así, a merced del destino, esclavo de un capricho de amor...

¿DÓNDE ESTÁ EL HUMO?

Era un caso sin remedio, Maggie no se lo perdonaría nunca... Primero la defraudó con su apego obsesivo al alcohol, luego pensó que las cartas le traerían menos problemas, al menos dejaría de sufrir los efectos de la resaca, pero ahí estaba ahora, a un paso de perder todo aquello por lo que había trabajado tan duro desde los comienzos. Era lo pactado, en la ocasión anterior también perdió y el desafío debía continuar, ahora se jugaba la casa y, según firmaron, había traído consigo las escrituras del chalet en el que vivían desde que se trasladaron del norte. Maggie y las niñas no tenían parte ni culpa en el embrollo en el que se había metido, pero pagarían las consecuencias de su insensatez. Rechazó la copa que le ofrecieron, quería poner los cinco sentidos en la partida que estaba a punto de resolverse y en la que apostaba su hogar contra nada... Además, debía mantenerse sereno pues tenía que regresar a casa o a lo que le quedase de ella a partir de ese momento. En los últimos quince días el fuego había avanzado peligrosamente hacia el pueblo y, a pesar de las advertencias de Maggie, esa noche se acercó en el coche hasta Tucson, desoyendo también las normas que la policía del condado extendía entre sus conciudadanos. Otros años también había habido incendios, pero esta vez se sumaron peligrosamente a la sequía que arrastraba el año. La semana anterior cayeron las poblaciones de Winslow y de Flagstaff, los incendios se estaban propagando ese otoño a velocidad vertiginosa, parecía cosa del diablo, nada ni nadie podía detener el avance arrollador de las llamas que crecían en altura y levantaban nubes cenicientas que obstaculizaban la tarea de los hidroaviones en su ataque aéreo.

Todo por la maldita obsesión de borrar la sonrisa sardónica del rostro del condenado Jackson, no soportaba sus bravuconadas y menos a costa suya, así que lo que comenzó como una apuesta fantasma se había transformado en un juego ruinoso, era más que posible que si perdía esa partida también se quedase sin Maggie. Ahora parecía tomar verdadera conciencia de que lo que había puesto sobre el tapete era su propia vida, ahora que unas cartas elegidas al azar decidirían el futuro de su destino más incierto.

Las risas de Jackson y sus matones resonaron en el local con un eco lúgubre cuando aquella escalera de color salió de la nada para desgracia del osado Lou. Ya no escuchaba los gritos ni la histeria de los ganadores, tampoco atendía las afrentas que al oído le susurraban los aliados del matón, no había nada que hacer. Había perdido y, después de firmar el documento de cesión, entregó las escrituras de su propia casa al malnacido tahúr. Aquella derrota nada tenía que ver con cualquiera de las anteriores, aunque una a una le habían llevado hasta ese fatídico desenlace.

Cuando salió a la calle, los nubarrones algodonosos del incendio se elevaban por encima de las casas, aquello tenía que estar muy cerca del pueblo, pensó Lou. Cogió el vehículo y aceleró hacia casa, pero antes del cruce con Lordsburg ya estaba la carretera cortada por los camiones de bomberos que retrocedían ante la onda expansiva del calor.

-¡No es posible continuar, amigo! ¡Vuelva atrás, están desalojando el pueblo! ¡Atrás!

Lou no daba crédito a lo que estaba sucediendo, nunca imaginó que mientras él solo se complicaba la existencia el mismísimo infierno les estaba ganando la partida a todos. Retrocedió, pero tomó la desviación por Bisbee, conocía a fondo esa ruta de montaña, a pesar del mal estado del firme le llevaría casi a lomos de su propio jardín, se trataba de un antiguo camino vecinal ya en desuso, pero sin mayores dificultades para su todoterreno. El humo se apoderaba de cada tramo y dificultaba distinguir los bordes apenas inexistentes del trazado. También su mente se hallaba confusa, bien por inhalar los gases tóxicos que inundaban el ambiente, bien porque no entendía qué hacía él luchando por una propiedad que ya no le pertenecía... Pero, ¿qué le diría a Maggie? Tenía que intentarlo, al menos.

Un enorme pino ardía en medio del camino, interrumpiendo el paso. Se encontraba muy cerca de la loma y salió del coche corriendo hacia el borde para contemplar la agonía final de sus propiedades. Protegiéndose el rostro con los brazos observó cómo el fuego consumía lo que antes había cobijado sus sueños. Las llamas ya salían por el tejado y un torbellino de calor envolvía el interior de la casa, avivado por todos los utensilios ya insalvables. Sin duda, se trataba de un día nefasto.

Encontró a Maggie y las niñas al día siguiente, cuando les trasladaron a la antigua escuela de Tucson. Aún conservaba el rostro tiznado de las cenizas voladoras que flotaron en el ambiente durante

toda la noche. Maggie le abrazó, aterrada, desconsolada, el fuego les había llevado todo, su hogar, todo... Las niñas sollozaban, asustadas. Lou pasó sus grandes brazos sobre sus hombros, mientras mesaba sus cabellos sin soltar palabra. No tenía nada que decir. A su alrededor las familias afectadas se repartían los enseres que les ayudarían a pasar de la mejor manera esa y las sucesivas noches hasta que las ayudas destinadas por el gobierno restableciesen la normalidad. Nunca iba a ser lo mismo, a cambio obtendrían una nueva vivienda, resultaba imposible recuperar lo quemado, pero de este modo podrían comenzar sino a construir al menos a continuar la rutina de su vida antes de los incendios.

Los sollozos de Maggie no le daban tregua y Lou se aferró en un abrazo firme a los seres cuya suerte momentos antes barajó al azar, los únicos que tenía y más quería. Vieron al comisario acercarse hasta ellos con gesto sombrío...

-¿Sabes lo de Fred Jackson?

Lou se estremeció, por un instante creyó que la respiración le había abandonado, pero su expresión imperturbable animó al comisario que, apretándole suave el brazo, le confesó:

-Lo siento, Loonegan. Sé que trabajasteis juntos en la factoría, que os conocíais desde pequeños...

-No entiendo...

-Calcinado, murió dentro del camión junto con un grupo de ayudantes.

El comisario se quitó la gorra y se pasó un pañuelo por la sudorosa frente.

-Horrible, Lou, un amasijo de cuerpos abrasados, no quedó nada... Un espectáculo horrendo. Lo siento.

El nudo que hasta entonces atenazaba la garganta de Lou pareció ceder. Mientras, Maggie no apartaba los ojos de él, observaba su gesto duro y seco y, ahora, de repente resuelto que, lejos de aumentar su temor, la ayudaba a sentirse más segura, se había dado cuenta de que desde hacía largo rato Lou no había encendido ni un solo cigarro. Ella notaba algo raro, aunque el silencio de Lou estaba consiguiendo hacerla sentirse protegida del modo en que tanto había añorado años atrás, antes de toparse con el problema de la bebida y después con el del juego. Sabía que de vez en cuando jugaba, pero disculpaba el hecho de que en algo había de entretener su tiempo de ocio. Sus esperanzas parecían ir a cobrar forma precisamente ahora en un momento tan trágico como este, ahora que habían perdido su casa

entre las llamas y sus pertenencias habían quedado reducidas a cenizas. Ahora el gobierno les otorgaría una de esas viviendas de protección, pasarían bastantes años antes de convertir eso en un hogar propio, pero a las chiquillas no les faltaría un techo bajo el que acabar sus estudios y salir todos adelante como una familia unida.

Lou tragó saliva sin dejar de abrazarlas. Las niñas habían callado los lloros y Maggie le miró a los ojos...

-Lou...

-Calma, Maggie, saldremos adelante... Confía.

Maggie no sabía bien qué, pero algo le decía que todo no lo había perdido, desde sus adentros comenzó a agradecer a aquel incendio el regalo que empezaba ya a vislumbrarse...

OTRA VEZ

Se sentó en la cama, sobresaltado. Un sudor frío le bañaba el rostro, resbalaba copioso desde la frente y le empapaba las ropas. La cama revuelta parecía el escenario de una invisible batalla. Era el mismo sueño que se repetía... Llegaba de la calle y encontraba la puerta de su casa abierta, unas veces desvencijada, otras botada simplemente. Temeroso, se aventuraba pasillo adentro presintiendo un encuentro inesperado, mientras revisaba el estado de las habitaciones. Pero era aquella sensación de allanamiento de su intimidad lo que más le perturbaba, mucho más que los desperfectos causados. Era la casa en que había vivido siempre, desde niño y hasta ahora en que, sin familiares cercanos, decidió no abandonar los lugares que llenaron la alegría de sus primeros años. Situada en una zona bulliciosa de la ciudad, en pleno corazón urbano, se transformaba al llegar el fin de semana cuando multitud de jóvenes inundaban la calle en incesante vaivén de locales y copas, de música ruidosa y algarabía jovial, ajena a las necesidades de tranquilidad de los convecinos que la habitaban, obligados forzosamente a aceptar el incómodo tributo de aquella marea humana que les invadía cada semana.

Él también fue joven, entonces aprovechaba el tumulto de la muchedumbre para salir y pasear, o para divertirse lejos de allí. Volvía a casa tarde, cuando la fiebre nocturna había cesado y sólo quedaba algún borracho extraviado, incapaz de sostenerse derecho entre sus restos. Quizás aquel entresuelo no fuese el sitio apropiado para un hogar, pero allí comenzaron sus abuelos, vivieron sus padres y sus hermanas y ahora él. Tampoco ayudaba nada la comunidad de vecinos, dividida por los intereses de los locales comerciales ni el que, entre doce vecinos, fuesen incapaces de llegar a un acuerdo para arreglar la cerradura del portal, que siempre permanecía de par en par en tentadora invitación para que la juventud festiva se cobijase en ella al abandono de todo escrúpulo.

En varias ocasiones soñó que alguien entraba en su vivienda, podía sentir su respiración entrecortada, se acercaba hasta la puerta y era entonces cuando despertaba. Sí, se repetía el mismo sueño... Una de las veces pudo distinguir los pies del que, al otro lado de la puerta

resoplaba amenazante, es por eso que se dio cuenta que se trataba de un sueño y despertó con suavidad, esa vez más relajado.

Luego se fue quedando solo, a medida que los años pasaban. La familia que no murió fue marchando a otros lugares, desplazándose a otras ciudades, pero a él no le acompañó demasiado la suerte en lo de mejorar. Sus trabajos duraban poco, lo suficiente para afrontar los meses más inestables que, a la vez, eran los que más pesaban en la balanza. Tampoco en el amor encontró terreno adecuado para el cultivo. Sí, hubo amores y amoríos, pero nada serio, ni familia que vestir ni bocas que mantener.

Hubo un tiempo en que viajó, recorrió mundo y conoció gentes, culturas y miserias que contribuyeron a hacerle valorar aún más el pequeño tesoro de su refugio de infancia. Por eso cuando regresó a casa escogió permanecer allí por siempre, ligado así a su conexión primaria de existencia. Era un modo de seguir unido a la vida.

Últimamente la pesadilla se venía repitiendo con agobiante insistencia, hasta que cobraba conciencia real de que se trataba del viejo sueño transcurrían unos espaciados momentos donde la incertidumbre luchaba por recobrar el tiempo que, ausente, parecía disfrutar en jugar al escondite y embromarle. A pesar de los años, el choque con la realidad no dejaba de resultar conflictivo.

Sin embargo, aquella tarde la realidad mostró la evidencia de su más temible efecto con toda su crudeza... Regresaba del paseo cuando, al llegar a la casa, encontró la puerta echada abajo a fuerza de patadas, en la penumbra del pasillo se distinguían las paredes grises y un fuerte olor a polvo flotaba en el aire. Como tantas otras veces en su sueño, recorrió cada una de las habitaciones despacio, con el alma encogida en un puño, tenso y expectante ante cualquier imprevisto que saltase al paso. Su inquietud aumentó hasta niveles críticos al entrar en su dormitorio, la respiración jadeante de alguien que descansaba en su propio lecho le quitó la voz, quería gritar, pero el terror se lo impedía.

En su mente se agolpaban infinidad de pensamientos entrecruzados, pero se sintió impotente para articular palabra...

-Arnoldo Práxedes..., ¿es usted? -preguntó el agente sin despegar la vista del documento de identidad.

Asintió nervioso, con un gesto afirmativo de cabeza, todavía no repuesto del susto. La sargento de policía se hizo cargo de la situación, aquel hombre acababa de sufrir una experiencia traumática...

-Mire, abuelete, ¿no tiene usted familiares? ¿Quiere que le vea un psicólogo?... Bueno, ya pasó todo!

Esa misma noche Arnoldo Práxedes volvió a despertarse en su casa, tiritando de temblores, con la sospecha fundada de que su pesadilla amiga le había jugado otra de sus malas pasadas. Arrastró despacio sus pies por el pasillo, pero la puerta estaba allí, cerrada e intacta...

-¡Maldita sea, ...otra vez! -exclamó casi con alivio.

Mientras preparaba el desayuno sonó el teléfono.

-¿Qué tal se encuentra, abuelete? -la voz de la sargento se oía clara, conciliadora.

-...¡Ah, sí!

-Le he conseguido hora para el psicólogo, ¿qué tal le viene mañana por la tarde?

-Ya se me ha pasado, déjelo, gracias. Gracias, ya pasó...

En el fondo Arnoldo Práxedes se encontraba a gusto en compañía de su sueño, era muy mayor ya para cambiar.

LLEGO TARDE

-Llego tarde... Sí, bien, hasta luego, cariño!

Acababa de hablar con ella cuando las primeras gaviotas de la tarde se posaban en la orilla. Las olas elevaban una tenue cortina de bruma entre los acantilados y dejaban su rastro iridiscente sobre la arena mojada. Era la misma playa en que se conocieron, donde transcurrieron sus cuatro veranos de noviazgo enamorado. Después de casados también siguió siendo aquel escenario el testigo de su amor, pero sólo durante el primer año, en los otros cuatro siguientes se hicieron mayores, se volvieron más serios de repente.

Sin embargo hoy no se bañaría como venía repitiéndolo con regularidad cada viernes noche desde hacía casi un año. Siempre había mantenido esa sana costumbre de rubricar con deporte la jornada semanal, primero en la piscina y, avanzada la primavera, en su playa preferida. A Nelly, sin embargo, aún no le había confesado que de nuevo frecuentaba la playa, ella seguía convencida de que acudía al polideportivo municipal. Desde que se trasladaron a Thöodar para estrenar aquella reciente urbanización algo comenzó a cambiar, empezó a sentirse incómodo dentro de aquel enorme chalet, como si tanta confortabilidad no compensara lo suficiente el sacrificio al que la cruel hipoteca le sometía. Así empezó a engañar a Nelly, con pequeñas mentiras, por ejemplo en el precio de la casa, la cantidad excesiva de dinero negro que hubo de entregar previo a la compra siempre fue un hecho oculto para su esposa. Por supuesto que también permaneció ajena a los favores cobrados por la secretaria de la Promotora. Monique era una secretaria especial, con un tipo más apropiado para modelo de pasarela que para dejarlo macerar tras el despacho de una oficina, no era extraño por tanto que crecieran los negocios de la inmobiliaria. Además sabía emplear cada uno de sus convincentes recursos a la perfección, desde el principio dominó y estableció las cláusulas pendientes de aquel nuevo contrato.

Llevaban viéndose y manteniendo aquella relación escondida durante todo ese tiempo, sin que su mujer tuviera siquiera la más leve sospecha. Hacía apenas una semana que Nelly le había descubierto restos de arena en los bolsillos del pantalón, también en los zapatos; a él no le quedó más remedio que traer a colación el recuerdo de la

cercana playa de Thöodar y los inolvidables veranos disfrutados allí. Pero en el fondo le molestaba tener que mentir así. Se encontraba acosado, de un lado, por la extorsión sexual de la secretaria, ávida por satisfacer los beneficios de su tributo y, de otro, por el asedio moral que se infringía a sí mismo, que le removía las entrañas y hacía tambalear sus cimientos al no hallar escapatoria posible...

-A nadie le amarga un dulce... -pensó en un principio, pero a Nelly la amaba y aquella situación amenazaba con transformarse en una insoportable indigestión.

Aquella sería la última vez, había decidido poner fin a aquel chantaje consentido, así que esa tarde se citaron como un viernes más al borde del acantilado, sobre la playa. Llegó antes que ella y se cuidó mucho de dejar visible el automóvil en lo alto, luego se alejó un poco para esperar junto a los arbustos. Aquella lenta eternidad no le pareció tanto cuando escuchó a lo lejos el motor del coche que llegaba, como siempre había aparcado fuera, al otro lado de las dunas. La última luz del día se apagaba, difuminada entre la película de bruma que ascendía, espesa. Las siluetas del vehículo y de la chica se recortaban, oscuras, sobre el acantilado, contra el cielo del horizonte... Fue entonces cuando saltó de su escondite y, en apresurada carrera, arremetió desde atrás contra el cuerpo de la mujer. La empujó con un golpe sordo, con fuerza, contra sus espaldas desprevenidas. La noche le impidió verla caer por el acantilado, ni siquiera oyó las olas en su batir incesante, abajo sólo imperaba un silencio frío que le hizo estremecer...

Regresó a casa por la carretera vecinal sin lograr reponerse, era pronto aún para percibir el alivio de haberse desembarazado de Monique y su malévolas tiranía. Ahora nada impediría la completa dedicación a su familia, lo había hecho por Nelly, por la felicidad de su amor naufragado, no habría nunca nada que explicar. Trató de inspirar hondo al volante para calmarse, sin conseguirlo. Las luces de Thöodar tiritaban, intermitentes, cuando entraba ya a la población, ni siquiera el escaso tráfico nocturno le devolvió la sensación de tranquila serenidad que ahora necesitaba. Estaba tan nervioso que hasta le pareció cruzarse con el coche de la secretaria cuando ya enfilaba la avenida de entrada a la urbanización. Aceleró mientras su inquietud iba en aumento y un largo escalofrío tomaba forma de mal presentimiento. Acabó por aparcar de cualquier manera, se apeó y entró en la casa como una exhalación sin dejar de gritar...

-...Nelly, Nelly! ...¡Oh, Dios mío, Nelly, no, no!...

Notó el vibrador del teléfono móvil en el bolsillo de la americana...
-...Llego tarde, amor! -al otro lado la voz de Monique sonaba cadente,
sin estridencias.

ORO QUE RELUCE

Nadie lo habría imaginado, pero a través del ramaje entramado se podía disfrutar de distinta manera. Encontraba un deleite especial en observar a escondidas, no sabía desde cuándo venía haciéndolo, pero ya formaba parte de las ocupaciones habituales de su mundo particular. Al principio comenzó como un divertimento reservado sólo a los fines de semana, sobre todo al finalizar la jornada de trabajo, le servía de distracción y descarga de las tensiones acumuladas. Luego, lo integró a su rutina cotidiana, siempre que hiciera falta relajar su nivel de preocupación. Para él no había nada malo en ello, no tenía conciencia de causar daño a nadie, sin embargo los momentos pasados rebosaban intensidad y ese regusto permanente de lo prohibido que tanto le atraía. A la caída de la tarde se preparó para la función, extrajo del armario el viejo abrigo arrugado y el sombrero de ala ancha que adquirió en las rebajas de un mercado rural, luego se enfundó la gruesa bufanda de cuadros y salió, cuando ya anochecía, en dirección al Parque de La Madeleine. Era el mejor momento del día, en las calles céntricas en invierno apenas nadie transitaba, a pesar de la temperatura primaveral que predominaba aquel año. En pocos pasos ya estaba dentro de los jardines, amparado en el entorno frondoso de sombras, lejos de las miradas inquisitivas de la gente sólo a él cabía el goce de vigilar desde el anonimato las curiosas excentricidades de sus convecinos. Aquella noche se acercó al lugar donde las prostitutas atendían solícitas su negocio. A veces no podía arriesgarse a ser descubierto y desde cierta distancia escuchaba absorto los jadeos de las parejas en plena acción. Disfrutaba más con espiar sin que los protagonistas lo supieran que con el hecho en sí practicado, además nunca había participado en acto alguno ni trató o habló con nadie ni fue detenido, su reputación era intachable.

Andaba con precaución, alerta por no toparse con los drogadictos asiduos de la zona, que también pululaban en las inmediaciones del parque. Ya habían acabado los tiempos en que grupos agresivos de jóvenes enmascarados atacaban y agredían a los homosexuales allí reunidos, pero no había que bajar la guardia, en alguna ocasión bandas de salvajes enloquecidos de alcohol habían torturado con crueldad a alguno de los vagabundos que pernoctaban entre los setos. Había

aprendido a sortear los peligros, prudente y cauto, en esquivar los problemas consistía la única garantía de no tenerlos. Era el suyo un placer inusitado por sentirse en libertad en medio del riesgo, oculto a los demás, pero presente, sin duda una sensación única que no estaba dispuesto a compartir.

Con movimientos sinuosos, lentos, se agazapó entre los arbustos, llegaba a la zona limítrofe donde los jardines quedan expuestos a la avenida principal, fluída arteria del centro urbano. Nadie suele pasear por allí a altas horas, sobre todo por miedo a los asaltos que en pasados años se sucedieron. Es el único tramo de todo el parque ajardinado donde uno puede extender el brazo para sustraer el sueño a la ciudad y después ocultarse con el botín robado, impune e invisible. Sin embargo los ademanes gráciles de aquella muchacha, sus pasos descaminados, barruntaban que no podía ser de allí. Sola, distraída, vagaba envuelta en un aire despistado convirtiéndose en un bocado más que apetecible, tentador. Su vestido de flores estampado tampoco concordaba con la época del año, ni siquiera con lo destemplado de la madrugada. Por un instante, la chica vaciló, pareció dudar entre cruzar el semáforo y adentrarse en los jardines o en seguir camino recto por su acera hacia el interior de la ciudad dormida. Fue la primera decisión por la que optó, animada por la escasez de tráfico atravesó la calle y sus pasos ahora se encaminaban dentro del recinto del parque. En cualquier caso a él ya le pareció bastante aquella atrevida osadía, la muchacha necesitaba que alguien le apercibiera del riesgo que corría... Por eso se dejó ver, emergió de un salto tras el tronco del enorme magnolio, en silencio y permaneció así, inmóvil, quieto, callado, con el rostro sumido bajo el ala del sombrero y el mentón hundido en la bufanda a cuadros... Pudo contemplar de cerca las pecas que salpicaban el rostro desprevenido de la chica que, asustada, retrocedió al tiempo que ahogaba un grito con la mano en la garganta. Con la otra mano apretó el bolso contra el pecho y echó a correr en dirección contraria, no miró al cruzar la carretera, pero ya desde enfrente se detuvo a escrutar los detalles de aquel repentino susto de muerte... Debería andarse con cuidado, aquello podría haber ido peor. A medida que se alejaba echaba furtivas miradas de reojo hacia atrás, hacia aquella oscura figura con abrigo cuya silueta se difuminaba en la distancia, entre los arbustos, hasta que terminó por perderlo de vista.

A la mañana siguiente se arregló con la misma pulcritud con que antes había doblado y guardado la gabardina, el sombrero y la bufanda, ordenados en su cajón correspondiente. Después de un frugal

desayuno, ocupó su sitio en la oficina, como de costumbre había que hacer frente a las obligaciones diarias y la noche anterior no había estado exenta de emociones, había tenido al menos el aliciente de la novedad. Desde primeras horas ya se había formado una incipiente fila de clientes a la puerta del banco y él, desde su ventanilla, daba salida a los más madrugadores con la disciplinal corrección que le era característica. Llevaba una veintena de años en aquella entidad bancaria, en su puesto de trabajo ganado por oposición y, aunque rozaba la frontera de la madurez, aún obedecía al impulso espontáneo de los años jóvenes. Para sus jefes resultaba un empleado metódico y eficaz, cumplidor cuando menos, pero entre sus compañeros no se prodigaba en confianzas ni amistosas siquiera, comprensible si acaso debido a la atmósfera de competitividad que lo excusaba. Hacía gala de un sexto sentido calculado que adivinaba el interés clave del cliente y, de este modo, sin dar pie a excesivas concesiones, la fila se aligeraba a ritmo forzado mientras sus superiores suspiraban con alivio. Con la vista fija en los papeles que firmaba sobre la mesa pudo vislumbrar de reojo el vivo color de las flores estampadas del vestido que lucía la chica de la fila...

Cuando llegó su turno la muchacha explicó que acababa de llegar a la ciudad, quería abrir una libreta de ahorro y creía que aquel era el mejor sitio para su dinero. Ella escuchaba con atención las indicaciones del empleado, se esforzaba en matizar cada pormenor de la letra pequeña y que nunca acabaría de leer por sí misma. Luego, antes de responder a los datos que le pedía, abrió su diminuto bolso de color oro reluciente y se quedó pensativa...

El tragó saliva, mientras se perdía entre las pecas que moteaban su rostro. Sí, las mujeres tienen un sentido especial para eso... Pero la chica dio por fin con el nombre de la calle donde residía, era todo tan nuevo para ella...

-¡Ya está! -el empleado del banco selló el documento.

-...Gracias, es usted muy amable. ¡Buenos días!

Mientras la chica se alejaba y desaparecía tras la puerta giratoria, le entraron unas ganas irrefrenables de gritar. Un regato de copioso sudor descendía por la espina dorsal de su camisa y, en adelante, ya fue incapaz de ver llegada la ansiada hora final de su jornada. Ahora más que nunca necesitaba otra sesión, otra dosis, sí, una nueva escapada... Sin duda, habría que espaciar las salidas con más equilibrio todavía.

LARGO SALTO

Ni era el método más ortodoxo ni el mejor, pero Norberto contuvo la respiración cuando saltó del avión. Aún a sabiendas de que se iniciaba una decisiva cuenta atrás prosiguió empeñado en su personal misión de no pensar, ni siquiera contar. Contempló debajo de él la redonda silueta multicolor de los paracaídas de sus compañeros al abrirse. Pero si es difícil engañar a alguien que ha sido un auténtico profesional más lo es autoengañarse y, a pesar de su negativa, reconoció que se encontraba cerca del límite en el que tirar de la anilla suponía volver a repetir salto en otra ocasión. El aire le golpeaba el rostro, podía percibir su zumbido acolchado dentro del casco cuando traspasó la frontera de los últimos segundos, apenas diez más para evitar la tragedia y aún así no vaciló. Se sentía pleno, extrañamente feliz, porque estaba cumpliendo su proyecto y hasta el tiempo había dejado de importarle; pocos podían permitirse tal falta de respeto y menos aún atreverse... El primer nivel de seguridad quedó atrás, también el segundo y del tercero nunca nadie llegó a teorizar en las clases de aerodinámica. Norberto siempre fue un pionero y, aunque era consciente de que estaba abriendo camino con los segundos en contra, en el último momento, fue cuando se decidió a tirar de la anilla... Tocó el suelo brusco, con un golpe seco que asustó a los colegas que habían estado contemplando su peligrosa caída y que, de inmediato, corrieron hacia él dispuestos a ayudarlo. Al principio no se movió, el cuerpo entumecido de Norberto no respondía, pero poco a poco fue incorporándose hasta ponerse de rodillas, asintiendo con la mirada las atenciones de los compañeros. A sus preguntas respondió con jadeos entrecortados, aún con dificultades para respirar...

-¿Qué ha pasado, Norberto? ¿estás bien?

Norberto apartó sus preocupaciones con un gesto abierto de su mano que les tranquilizó; todo había quedado en un susto, pero a él le había servido para terminar de acostumbrarse al indescifrable sabor del final, su más enconado rival.

Durante el trayecto de regreso se mantuvo callado, aunque sosteniendo una sonrisa de aparente normalidad para mantener alejadas las preguntas. Tenía que reservarse para mañana, el día de la Fiesta Nacional y, por tanto, motivo de regocijo para ellos, los

paracaidistas de la Escuela que, a bordo de un avión militar, saltarían en una exhibición conjunta para la que se venían preparando desde hacía meses. Hoy, era su último entrenamiento, pero mañana sería su gran día.

A su llegada a la Escuela, una vez más pudo comprobar la cálida e interesada acogida con que fue recibido por sus compañeros, sin duda, una muestra inconfundible de la veneración con que se le distinguía. Era un hombre apreciado y reconocido entre los apasionados de aquel deporte, en el que había logrado altas cotas de éxito y popularidad: dos premios nacionales en salto libre y uno internacional en equipo, además de multitud de menciones en diferentes Jornadas Paracaidísticas a lo largo de la geografía mundial. No sólo su triunfo estaba avalado por los premios y la competición sino por toda una vida entregada a aquella afición que le valió el reconocimiento de su ciudad cuando protagonizó la creación de la Escuela de Paracaidismo y, más tarde, la Fundación que ahora llevaba el nombre de su esposa.

Sin embargo fue después del accidente de Gloria cuando le pareció haber tocado techo, desde su desaparición no había dejado de caer y, ahora, se encontraba en la última fase, irreparable, en la que nada deseaba más que batir su propio record y finalizar de una vez por todas aquel endemoniado pulso con el destino. Norberto nunca dispuso de habilidades para acabar una carrera, pero no era tonto, siempre se las supo ingeniar para atajar, para hallar el camino de en medio y sacar la partida adelante. A Gloria la había conocido en las competiciones del Instituto; ella compartió también podium cuando quedó finalista en las pruebas del salto de longitud, desde entonces no se separaron. No sólo se fijó en Gloria por sus aptitudes físicas, que además les permitían compartir una misma afición, sino también influía el hecho de que era la hija del alcalde, es decir, la hija única y, por tanto, heredera. De este modo, Norberto se labró desde bien pronto su porvenir, sabía que deseaba llegar muy alto, aunque desconocía hasta dónde. Se había propuesto alcanzarlo a cualquier precio, saltaría por encima de todo obstáculo y ahora, que ya se había lanzado al vacío, no sabía parar. También para él era un misterio, pero le atraía el abismo...

Fue años más tarde, cuando formalizaron su relación, al poco de casarse, cuando la Escuela de Deporte Aerodinámico se convirtió en una realidad. Norberto había sido uno de sus más animados propulsores y, avalado ahora por todos los galardones obtenidos durante el noviazgo, pasó automáticamente a integrar las filas del equipo de la Escuela, aunque entregado con entusiasmo casi

contagioso a su cargo de monitor de saltos. Aunque callaban, todos adivinaban que acabaría por desempeñar las funciones de director general o de rector más adelante. Sin embargo la lucha callada que Norberto mantenía no iba por esos derroteros donde la notoriedad se aburría entre papeles o despachos, aquella meta carecía de valor para su espíritu indolente e inquieto.

Las banderas oteaban en lo alto de la Escuela y una algarabía de gente se unió a los integrantes del equipo cuando descendieron del autobús. El tumulto les acompañó hasta la entrada; un cordón de periodistas y fotógrafos ocupaba el lugar donde mañana se entregarían los trofeos.

-... ¡Es él, Norberto, es Norberto!...

Pero Norberto no se inmutó ante los repetidos flases que se disparaban ante su presencia, ni ante el murmullo creciente de los visitantes que pronunciaban su nombre mientras se apartaban a su paso. Su mirada ausente, parapetada tras una firme sonrisa de determinación, estaba más allá de todo ruido, más allá del cielo que ya soñaba tocar... Sin perder el paso terminó de arrancar la anilla que mañana debería utilizar, de ese modo no habría fallos ni excusas; la arrancó con disimulo, al igual que lo hizo con Gloria aquella tarde en que fueron solos a entrenar, cuando ella le sugirió sentar la cabeza para cuando la edad no les permitiera arriesgar en exceso. Norberto no podía permitir ni soportaba las muestras de debilidad, ni mucho menos a Gloria, que dejó de ser ella desde aquel instante, al menos la que él quería que fuese... Sin embargo no podía olvidar su mirada cuando cayó, aquella mirada infinita que desapareció fundida entre las nubes mientras caía... La última vez que le miró le regaló un asombro que aún le perseguía, aunque ya estaba próximo el día en que quedaría desvelado. Ya no podía dejar de saltar, de detener la caída que había iniciado, se encontraba a un paso de conocer lo que se escondía tras la larga faz del abismo. Mañana saldría de dudas, lograría desvelarlo, sí, ya se acercaba al triunfo, por fin daría el salto definitivo. Mañana iba a ser su gran día glorioso...

PUÑAL SIN NOMBRE

El grupo de jinetes contemplaba el poblado desde lo alto, parapetados tras las peñas aguardaban la más leve señal con el aliento contenido y las manos cerca de las armas. El vigía blandió los brazos juntos de un lado a otro y volvió a repetir el movimiento, justo lo que estaban esperando... Buenas y malas noticias. Una patrulla romana se acercaba desde el sur, tranquila y ajena a su presencia; la buena era la llegada de Fronto, de la tribu de los corcontois y cabecilla cántabro. Cuando se unió al grupo de guerreros sus miradas fieras hablaron en crudo silencio...

-El chico lo hará...

Apostados en las rocas no tardaron en divisar la delgada columna de humo que se elevaba horizonte arriba. El poblado ardía, aún antes de que el ataque romano hubiese comenzado, antes de que al igual que a las tribus vecinas de Vadinia y Moroica les hubiera llegado el turno de ser conquistadas. Eran demasiado orgullosos para tal tipo de humillación, era preferible morir antes para eso.

En el poblado sólo quedaban los viejos, las mujeres y los niños, inservibles para morir luchando. Por eso el muchacho no trató de comprender cuando su padre le conminó a matarles antes de que cayeran en manos enemigas y, con el puñal que momentos antes le había entregado, cumplió la orden sin escrúpulos. Sus hermanos pequeños, menores que él, también encontraron el final de sus días en sus manos. Luego, ágil y certero, prendió las cuatro esquinas del campamento hasta que la densa cortina del humo le obligó a salir. Sin embargo no obedeció del todo la orden y escapó monte arriba, hacia el bosque, en vez de arrojar al precipicio.

Esta vez el vigía, en cuclillas, juntó los brazos hacia el suelo al tiempo que se agazapaba...

-Maldita sea! -farfulló el rudo Neco al comprobar que la patrulla romana había ya descubierto el fuego y que el joven muchacho ascendía la pendiente a su encuentro...

Los guerreros prepararon los dardos cuando los soldados pasaron bajo sus pies a rápido galope. El muchacho corría tan absorto en la huída que no se apercibió de la patrulla ni del centurión romano que se desvió para capturarlo. El centurión reía en voz alta con el muchacho

agarrado bajo el brazo como un vulgar cerdo mientras pataleaba. Neco sujetó el brazo de su hermano Sica, al lado suyo, dispuesto para asaetear al romano...

-...Espera!

El oficial romano se había quedado rezagado de la patrulla y, sin dejar de reír, concentraba todos sus esfuerzos en domar el ímpetu de aquella incómoda fierecilla que amenazaba con tirarles a ambos de la montura. La risa cesó cuando tocaron el suelo en sorda caída, al romano se lo impedía el puñal que le entró por la estrecha abertura entre la coraza y el cuello. Luego, el chico se hizo de la cabalgadura y galopó raudo hacia las peñas.

El grupo de guerreros cántabros lo recibió en corro. La expresión urgente de sus rostros hacía inútiles las palabras, el chico se lo había ganado a pulso y, a un gesto tosco de Fronto, se pusieron en marcha. Llevaban años padeciendo los estragos de aquella dominación, aunque tampoco antes les faltaron otras, siempre guerreando, no era eso de temer para ellos. Nunca toparon con un enemigo así, tan organizado y numeroso, que no cejaba en reintentarlo y que estaba logrando sacarles de sus territorios. Ellos que siempre habían sido la pesadilla de sus tribus colindantes, que asaltaban sus cosechas y ganados, probaban ahora el áspero sabor del pillaje en su propia carne. La afamada estirpe guerrera que tanto les acompañó y traspasó fronteras se veía ahora condenada por el peso de su propio renombre. Ellos mismos habían tenido que dar muerte a sus mujeres y ancianos, convertidos en verdugos de sus familias y de sus tribus, ellos mismos habían incendiado sus propios castros, habían visto a otros guerreros tirarse al vacío desde las rocas, prenderse fuego o envenenarse con el dios Tejo, todo antes que vivir rendidos o derrotados. Antes era morir luchando, ahora huían...

Las noticias que traían los dos vigías obligaban a tomar nuevos rumbos. Hacia el interior vislumbraron grandes huestes romanas en movimiento que se desplazaban hacia el noroeste, tal vez una o varias secciones de la gran Legión Macedónica que se asentaba al otro lado de la cordillera. Además, debían evitar atravesar los terrenos de los Turmogos con quienes habían batallado en otras ocasiones, pero ahora sometidos al yugo invasor. Ellos que convirtieron su nombre en sinónimo de temor con solo pronunciarlo contemplaban impotentes el inútil derroche de tanta sangre valiente... Allí, al borde del desfiladero, el caudillo tomó la decisión de separarse, unos sobre los montes, otros a través del valle y las cañadas. Sabía lo que aquella decisión

representaba, significaba el fin de su hegemonía, morir luchando lejos de sus fronteras, pero antes ya estuvieron en otras contiendas, él era un veterano que estuvo en Numancia y ese era su hogar, la guerra...

El muchacho asintió a la jaculatoria del jefe:

-...Ahora tu nombre es Corocotta. Vendrás conmigo!

Antes de despedirse aquella veintena de cántabros entonó y danzó sus cantos ancestrales, después se fundieron con la oscuridad donde vigila el búho y acecha el oso.

MUCHAS VUELTAS

Aquella mañana despertó con un viento impetuoso que golpeaba las contraventanas con furia, nunca antes lo había escuchado así. Se acurrucó aún más entre las sábanas con las mantas hasta el mentón, al tiempo que hacía intención de semihundirse en el acogedor almohadón de pluma. Afuera el viento silbaba con fuerza y la pobre luz del día que se filtraba entre las rendijas inundaba la habitación de una tenue penumbra. Después de dar varias vueltas en busca de mejor acomodo, decidió seguir adelante con el plan iniciado la tarde anterior, se había acostado pronto, hastiada, casi deprimida por los seis meses largos que duraba ya su desempleo, así que ese día estaría dedicado a su disconformidad, lo había intentado todo y era su único modo de protesta... No haría nada en toda la jornada. Se sentía menospreciada e infravalorada, una mujer como ella, con su selecta formación académica y, tras los años de experiencia continuada, fiel siempre en la misma empresa, se encontraba ahora avocada a un futuro incierto del que no se consideraba merecedora, sobre todo cuando los modos empleados para su despido obedecían a causas injustamente provocadas. Estaba harta de repetirlo, pero de nuevo repasó en su mente los últimos acontecimientos desde la llegada de aquella directiva proveniente de la central, la fuente de sus desvelos. Ahora cobraban particular sentido cada una de sus palabras...

-A irónica puedo darte dieciséis vueltas!

No era precisamente un saludo de bienvenida, pero sí un adelanto del cariz que reveló en las incontables ocasiones que estuvieron obligadas a colaborar. Hasta entonces las gestiones planificadas que siempre habían obedecido con buen desarrollo comenzaron a flaquear. Hasta el mismo director de Recursos Humanos, ajeno a las tareas de organización empezó ahondar en terrenos ajenos y a involucrarse en tareas lejanas a su responsabilidad, pero donde dejó ahora mostrar el oculto lado frívolo de su ambivalente personalidad. Tanta novedad había que agradecerse a la nueva directiva y era de esperar que, con las equivocaciones, los cambios también se empezaran a notar sin tardanza. Sin embargo nunca imaginó que el final pudiera resultar tan frío, ella que tanto mimo puso en cada objetivo, incluso en cada uno de los datos trabajados, tan sólo bastó una llamada de teléfono para dar

por zanjados los años de ilusión ganados a base del propio esfuerzo. Tampoco creyó que cercana a los cuarenta sería una carga para el mercado laboral, pero estaba comprobando la oscura faz de una situación que ella no se había buscado.

Había decidido que aquel sería su día de huelga, su especial jornada de puertas cerradas y, a juzgar por el enojado ímpetu del viento, aprobó la fecha elegida para su consoladora idea. No le vendría mal tampoco ayunar un poco, así comprobaría lo cierto de quienes lo recomiendan, aunque en verdad la molestaba levantarse para enfrentarse a la cocina. El viento sacudió todas las contraventanas sin hallar el modo de penetrar en la estancia, pero ella lo tomó como aplausos a su original proyecto. Se acordó de repente del diario que guardaba en el cajón bajo del comodín, había dejado de anotar sus incidencias en él después del fracaso de su matrimonio, después del aborto, pero antes de firmar la separación definitiva. El trabajo precisamente sirvió para paliar esa carencia, cuánto denuedo concentró en su labor entonces. Se incorporó y buscó entre los jerseys hasta encontrarlo bajo los pijamas. Volvió a sentarse en la cama y hojeó las páginas, sin leerlo, tan sólo rememorando los recuerdos que salían al encuentro libres ahora del olvido.

A pesar de haber traspasado el umbral del mediodía la escasa luz que entraba parecía oscurecerse más. Percibió entonces el fuerte olor a humedad, sin duda era aquel día el señalado para no hacer nada y acarició el lomo del diario apretado contra su pecho. No se levantaría, no bajaría a la cocina, guardaba unas galletas en el bolso, mañana sería otro día diferente... Su férrea voluntad sólo dio un quiebro a la hora del café, miró el reloj. Una puede desafiar al hambre, ayunar y regenerar el organismo si se lo propone, pero qué difícil resulta prescindir de esos pequeños aditamentos que marcan los hitos informales al cabo del día y ayudan a distraerse de las habituales ocupaciones. Buscó con la mirada el lugar donde había dejado las zapatillas, nada más que por ubicarlas, no pensaba moverse... Aunque algo caliente le vendría bien para entonar el resto de la tarde.

Casi había posado el pie en el suelo cuando lo que parecía el estruendo de un trueno creció hasta convertirse en ensordecedor. Luego, lo inusitado de los golpes hizo que botara en la cama. Aquello no era el viento, eran auténticos golpes contra la ventana, como si alguien propinara puñetazos al otro lado. Cuando abrió un vendaval de lluvia y viento le azotó el rostro, empapada de arriba abajo, no podía

dar crédito a lo que sucedía. El ruido de las aspas del helicóptero le impedía oír los gritos del militar que le hacía señales para que saliera:
-¡No hay tiempo que perder, vamos, señora, vamos!

Ella posó los pies desnudos en la escalinata y se abrazó al soldado, mientras éste le ceñía la cintura con un brazo. No pudo evitar que el viento le arrancara el diario y cayera al vacío, con el cabello enmarañado en su rostro, hundido contra el uniforme de su rescatador, se aferró a su cuerpo y a la vida con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, al tiempo que el helicóptero se alejaba y les izaba sobre los escasos tejados supervivientes de aquella catástrofe.

Desde el aparato contempló incrédula la magnitud de lo acontecido, la ciudad sumergida, el nivel de las aguas sobre casas y edificios. Algunos chalés de la zona alta, como el suyo, quedaban inundados hasta el ático, podía distinguirse gente en las azoteas batiendo los brazos con desesperación y también cuerpos flotando, arrastrados por una corriente parduzca de agua letal. Dirigió sus ojos hacia el polígono industrial, nada quedaba de aquellas empresas, los campos, todo se lo había tragado la enorme masa de agua. A lo lejos, el embalse roto fundía su caudal en la desgracia. Otro soldado le arrojó con una manta, pero su mirada permanecía absorta en la silueta del helicóptero sobre las aguas oscuras de la ciudad desaparecida.

EL TÍO ARISTO

No es que fuera mayor, pero acusaba ya el desdén de sus largas correrías en aquella especie de pose hierática, casi como parte integrante del mobiliario del viejo salón. Recuerdo al tío Aristo desde los tempranos años, instalado allí en casa de los abuelos a la vuelta de uno de sus acostumbrados viajes, ellos lo recibieron como un regalo aunque de poca utilidad. En sus años jóvenes causó estragos en las cercanías, según la abuela debió ser un auténtico galán, amigo de casas ajenas, pero hábil a la hora de escurrir el bulto cuando el asunto se tornaba feo. En una ocasión en que caí enfermo, uno de esos catarros infantiles en los que la fiebre te obliga a permanecer acostado en vacaciones, el tío Aristo estuvo a los pies de mi cama durante dos días seguidos, brindándome su compañía. Por entonces las noticias destacaban el avance tecnológico de la humanidad en su incursión espacial y en el televisor nos sorprendían las imágenes de los astronautas en su tambaleante paseo lunar, algo impensable hasta la fecha. Sobre todo por las noches, el tío Aristo me contaba sus inusitados proyectos a los que imbuía de una original filosofía, algo insólita, pero no por ello descabellada... Me aseguraba que algún día también él alcanzaría la luna, aquel sería su próximo viaje. Lo cierto es que su compañía me ayudó a espantar la maldita fiebre aquella que se había propuesto amargarme el verano. Eran los tiempos del Instituto en la ciudad y de la casa de los abuelos en el pueblo. Luego, los años discurrieron implacables para todos.

El tío Aristo desapareció un día y nunca más regresó. Sin embargo, siempre le tuve presente. Más tarde, cuando hube de trasladarme y realizar los estudios universitarios lejos de mi tierra nada podía apartarle de mi mente, hasta el punto de que es su recuerdo mucho más fuerte que la ausencia de los demás seres queridos. Sí, los abuelos fallecieron y la casa antigua del pueblo, víctima de las desavenencias familiares, quedó abandonada en una suerte fatal de soledad y ruina. Aunque nada existe en el pueblo hoy que me pertenezca ni merecedor de ser poseído suelo visitarlo cada año y recordar los caminos, el abeto que creció o la fuente que aún mana su caudal libre, fresca. Observo entre los desvencijados marcos de las ventanas, solitarias, en un intento por reconocer los rostros que en otro tiempo allí brillaron,

temeroso a la vez por si vislumbro la faz de mi propia infancia. Escruto en lo alto el ático, el viejo pajar, mientras la noche se posa sobre las tejas desordenadas y la luna, arriba, flota casi al alcance de la mano... Entonces, me cercioro de que estoy solo y, a media voz, lo llamo en un susurro:

-...Aristo, Aristófanes !

No he podido olvidar su promesa ni tampoco la última vez que lo ví, el tío Aristo se estiró en una lánguida contorsión antes de acicalarse los bigotes y, de un ágil salto, dejó el sillón para salir por la ventana a su paseo sigiloso por el tejado. Sin dejar de contonearse volvió la vista atrás para despedirse y, tras varios parpadeos seguidos, se marchó maullando a la luna.

MÁS QUE UN JUEGO

Si le llamaba ahora le molestaría, lo sabía. Se acercó al ventanal y sacó el teléfono móvil de su bolso, movida por un impulso espontáneo de despedida. Su figura desnuda se recortaba al trasluz de las cortinas y el tenue reflejo moldeaba sus contornos redondeados. Así la encontró Bruno al salir del baño, le pareció sublime, encantadora y, desde atrás, abrazó su cuerpo menudo en un gesto amoroso de protección.

-¿Qué haces? ¿a quién llamas?

-...Iba a comprobar si tenía llamadas! –ella se dejó besuquear en el cuello, mientras volvía a colocar el teléfono en su sitio.

Él siguió aferrado a ella sin cesar en sus arrumacos cariñosos y Vera se dejó mecer, quizás en exceso pensativa... Bruno aprovechó para retomar la conversación iniciada en la sobremesa:

-Díme, Vera, ¿lo has pensado ya?

Ella se giró, entregada aún entre sus brazos, y le miró a los ojos antes de hundir el rostro en su pecho. De nuevo volvió a mirarle cuando él la empujó con suavidad hacia el lecho...

-¡Bruno! ¿...otra vez? ¡Oh, Bruno!

Ambos rieron entre susurros y besos al tiempo que rodaban entremezclados con las sábanas revueltas.

Bruno era algo más joven que ella, aquel ejecutivo italiano venía demostrándole su fogosidad desde hacía varios años, cada vez que sus gestiones de negocios le traían al gélido invierno de Praga. Ella no era precisamente una mujer fácil, pero nadie mejor que una señora casada para conocer los motivos que la indujeron a dar el paso y convertir la habitación de aquel hotel en mudo testigo de sus apasionados encuentros. Hacía algún tiempo que había dejado de considerar sus casi veinte años de matrimonio y hoy, que se cumplía otro aniversario de boda, ni siquiera su propio marido se había acordado.

Para Nikolai Zabielin sólo existía una pasión: las paredes de su casa estaban plagadas de su huella con las fotos enmarcadas de sus eventos más destacados; las estanterías de su biblioteca rebosaban de numerosos volúmenes, auténticos tratados de ajedrez, manuales de estrategia, algunos de ellos con las jugadas maestras subrayadas; una vitrina en el salón mostraba los variados trofeos, nada espectacular

sino pequeños premios de un aficionado, un buen y concienzudo aficionado que ponía los cinco sentidos y uno más en su juego predilecto.

Al principio, Vera le acompañó a las concentraciones, mientras fueron novios; aquella afición le venía desde la infancia y ella lo admitió como una parte integrante de su vida cuando se casaron. Después, los niños no llegaron, tal vez alejados por el enjudioso celo que su marido volcaba en aquel juego, ahora transformado en obsesivo y, así, se fue distanciando. La señora Zabielin no estaba dispuesta a compartir con aquel tablero de ajedrez su vida.

Nikolai no era mala persona, no, Vera le había querido. Pero los enfados se sucedieron cada vez con más violencia cuando regresaba tras una derrota y, cohibida por la tensión, ella llegó a temerle. Le tenía prohibido llamarle o distraerle la fecha de la competición y aquella mañana, como en anteriores ocasiones, el señor Zabielin marchó pronto para evitar interferencias que pudieran distorsionarle o distraer su concentrada atención en la partida. Era consciente de su nivel intermedio, lejano de las renombradas figuras que idolatraba; estudiaba las tácticas de los grandes en sus libros hasta aprenderlas de memoria, pero mantener aquel status suyo del montón requería de toda su exclusiva dedicación. Hasta ahora no había evolucionado del puro juego por placer de los comienzos en el colegio o en el bar al de los torneos municipales, por ello era tan decisivo el encuentro de aquella fecha que representaba el salto a la categoría interregional. Por ello mismo le pasó desapercibido un año más la celebración de su aniversario, aunque Vera tampoco le hacía ya hincapié sobre estos detalles. Además, ella no le beneficiaba con sus atenciones, si le notaba preocupado le atosigaba con obstinada insistencia porque se relajara y no lograba en él sino el efecto contrario, así que optó por centrarse en lo suyo, era mucho lo que se jugaba.

Sin embargo podía darse por satisfecho porque en aquella velada le tocó una jugada similar a la transcrita en una de las fases de un afamado certamen internacional que acabó por aprender de tanto tratar de descifrar. Sabía de cada movimiento y de las probabilidades de acierto en cada caso; rezó para que su oponente no optase por la pieza retrasada y, para su regocijo, así ocurrió con lo que rubricó el final con un jaque mate perfecto.

Regresó henchido de orgullo con el trofeo y una nueva categoría que defender, ávido por retomar el libro donde enfrascarse de la jugada que le había otorgado el éxito en aquella jornada. Cuando entró en casa

llamó a Vera, sin obtener respuesta. Pegada al espejo del recibidor encontró una nota firmada por ella: “Salí a por tabaco”. Se dirigió como un autómatas hacia el salón, abrió la vitrina y posó la copa del trofeo; luego buscó entre los manuales de ajedrez hasta dar con el que contenía la jugada que le valió el triunfo y, sonriente, lo releyó una y otra vez, ensimismado. De pronto a Nikolai se le nubló el gesto. Algo no encajaba... Cerró despacio el libro mirando al techo: Vera no fumaba...

Pero Vera volaba ya hacia Trento, acabó por aceptar la proposición de su amor italiano que, a pesar de estar sujeto en el asiento de al lado, le besuqueaba el rostro propinándole carantoñas que apenas lograba sofocar entre risas y susurros:

-...¡Bruno! ¡Oh, Bruno!

LA OTRA ORILLA

*“Dejad al jaguar en la selva
dejad al pez en el agua
dejad vivir al indio
dejad al indio en paz”.*

A. C. Jobim.

Llegó el momento que había estado esperando. Los guerreros marchaban de expedición una vez más y, como de costumbre, a su regreso nuevamente se trasladarían de asentamiento como venían haciéndolo hasta donde alcanzaban sus primeros recuerdos. Sobre todo, le gustaban las historias que en la noche contaban los guerreros adultos y que hablaban de su origen, de la tribu y de la selva, la madre de todos los hombres-luna. Sus ojos de niño grande se iluminaban cada vez que oía narrar la creación del mundo del lecho del río... La luna enamorada se bañó en su cauce hasta que el rey de los árboles-liana enredó de celos su amor y, envidioso, lo maldijo. Desde entonces la luna regresó para siempre al cielo de la noche y, solo en raras ocasiones, ataca con sus rayos a todo aquel que vagabundea en solitario, víctima de amores imposibles...

Pero él no tenía miedo, era un muchacho intrépido y, además, quería convertirse en un valeroso guerrero para sacar a su gente algún día de aquella condena y poder llevarles al lugar seguro que se merecían, lejos de aquel errático vagar a orillas del gran río. Las respuestas de los ancianos a sus dudas lejos de convencerle le incomodaban, incapaz de soportar el amenazador mensaje de los peligros que acechaban en la otra orilla. Aquella explicación no bastaba para la ávida mente de un muchacho-luna y, en cuanto desaparecieron los guerreros, se dispuso a desentrañar el misterio por sí mismo. Se adentró en el río sagrado y empujó la canoa corriente abajo, precisamente en la dirección que tenían prohibida los hombres de la tribu.

A golpe lento de remo vadeó pegado a la orilla, dejándose llevar por el manso discurrir y evitar así el centro del enorme caudal. A tramos, el cauce llegó a ser tan ancho que la otra orilla se disipaba en un horizonte de brumas. Después de remar toda la tarde y casi una noche, el río comenzó a estrecharse y surgieron las primeras rocas, enormes moles sembradas en mitad de su curso, ahora no tan profundo. La vegetación se agolpaba en los bordes invadiendo el dominio acuático

y, a modo de bóveda arbolada, con su entramado de lianas creaba un pasillo de verdes variopintos que apenas dejaba pasar la claridad del día. En aquella zona, la tierra embarrada se hundía en el agua y, antes de avanzar otro centenar de pasos por la orilla, ocultó la canoa entre la maleza. Más adelante, abandonó decidido la orilla maldita que jalonaba de miedos cada historia de sus antepasados y entró al claro. El sonido de la selva también cambió, a la vez que la luz del cielo se transparentaba en las grandes hojas y creaba halos de penumbra entre las lianas.

Siguió avanzando cauto y, camuflado entre la vegetación, observó las extrañas construcciones de madera que descansaban en el centro del claro. Nunca antes había visto nada igual, algunas echaban una columna de humo y otras guardaban ganado en el cercado contiguo. Entonces oyó las voces y pudo distinguir al grupo de niños que jugaban hasta que, de pronto, aquel ruido atronador le sobrecogió, se tiró al suelo asustado, quería taparse los oídos, pero pudo más la curiosa emoción que le embargaba al encontrarse con tanta novedad.

En verdad que se trataba de un panorama insólito para él, algo nunca imaginado que ningún relato de los ancianos recogió jamás... Al fondo de las cabañas aparecieron las primeras máquinas con su estruendoso rugir. El verde de la selva había desaparecido bajo su peso y, sobre la tierra allanada, se apilaban los troncos de los árboles con su amputado gesto de dioses caídos, mientras otras máquinas también humeantes se ocupaban de transportar a rastras sus cadáveres. Los ejemplares más erguidos rasgaban el techo tupido del bosque en su vertiginoso caer. Le distrajo de su estupor el corro de mujeres que cruzaba la explanada, seguidas de los niños que correteaban alborotados. Una de las muchachas se había separado del grupo y se encaminaba hacia el río, muy cerca de donde él se encontraba apostado. Tan cerca que pudo escuchar su respiración al pasar junto a su improvisado escondite. Detrás de aquel montón de bidones de gasóleo vacíos escrutó el grácil movimiento de la muchacha. Le llamaron la atención sus vestiduras, le resultaba extraño que alguien en aquella selva cubriera de ese modo su cuerpo. Al poco, contuvo el aliento absorto en contemplar cómo la chica iba despojándose una a una de sus ropas y, tras posarlas con cuidado en el recodo, se sumergió desnuda en las aguas... Un chasquido a su espalda le advirtió del peligro cuando ya era demasiado tarde. El barbudo hombretón le sujetaba por los cabellos mientras gritaba para llamar la atención de los otros hombres que manejaban las máquinas...

-¡Eh, mirad qué he encontrado! ¡Un condenado salvaje!, venid...

En su frenético pataleo el muchacho acertó a golpear las partes del casual carcelero, que rodó constreñido por la maleza sin dejar de perjurar. La muchacha del río, interrumpida en su baño, se cubrió los pechos justo cuando el muchacho salvaje pasó junto a ella como una exhalación. No obstante, al indígena le dio tiempo a contemplar de cerca el rostro de la muchacha y la brillante expresión reflejada en sus ojos mientras, de un salto, se zambullía en las oscuras aguas. Braceó hasta la otra orilla y, una vez allí, se entregó en veloz carrera sorteando lianas, ramas y rocas. Atrás podía percibir el vocerío de los hombres y, luego, sintió silbar a su alrededor los disparos de sus máquinas de fuego, capaces de perforar los árboles. El pánico le impidió reconocer el sitio donde había escondido la canoa y, además, la proximidad de sus perseguidores le obligaba a avanzar sin denuedo. Corrió hasta cansarse, hasta que los sonidos de la selva de nuevo se erigieron en dueños de aquella margen inhóspita. Aún hubo de bordear a nado el río en todo su largo, ayudado de la corteza seca de un tronco y a pie en los tramos más anchos.

Regresó con la faz cambiada en su alma de muchacho, impresionado por la experiencia vivida. Sus dudas y rebeldía habían quedado resueltas con aquel otro temor aún mayor... No podía olvidar los ojos del río en aquella muchacha. Llegó al poblado de los guerreros-luna justo cuando ya levantaban el campamento. No preguntó ni rehistó, se incorporó silencioso a la comitiva de la tribu, a la búsqueda sigilosa de senderos nuevos en la espesura cercana al río... Pero siempre en la otra orilla.

F I N

El AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado “Escritos Para Vivir” (1998), su primer libro de poemas; “Era Un Bosque” (2004) y “A Media Distancia” (2006), de narrativa breve. En la actualidad trabaja en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.

El autor:
luistamargo@saludalia.com

** Colección “Son RELATOS”: (c) Luis Tamargo, 2006.-*

SANTANDER
2006

*Se acabó de imprimir
el día 28 de Agosto de 2004
en Santander.*